UNA VIRGEN DE MURILLO.

A mi estudioso y distinguido amigo Paco Escudero

Luis de Eguilaz

UNA VIRGEN DE MURILLO,

COMEDIA

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. LUIS DE EGUILAZ.

Y

D. LUIS MARIANO DE LARRA.

Representada por primera vez con estraordinario éxito el dia 24 de Diciembre de 1854.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1855.

La propiedad de esta comedia pertenece á sus autores, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.

Los corresponsales de los Sres. Gullon y Regoyos, editores de la galeria lírico-dramática El Teatro, *son los encargados exclusivos de su venta y cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.*

A DIEGO LUQUE.

Cuando escribiamos la presente comedia, te prometimos darte con ella las pascuas. Gracias al público, que coronó nuestros esfuerzos con un éxito estraordinario, aquellas no han podido ser mas completas. No te dedicamos solo *La Virgen de Murillo*, sino que, merced á nuestro propósito, te obsequiamos con sus diez y ocho representaciones, siquiera no signifiquen mas que unas pascuas prolongadas. Deséanos otras iguales muchos años, que á trueque de que las tengamos, no habrá por nuestra parte inconveniente en dedicártelas.

Te saludan con este motivo tus hermanos

Los Autores.

PERSONAS.	ACTORES.
D.ª BLANCA DE ALVARADO.	Doña Matilde Duclós.
MARI-PEREZ DE QUIÑONES..	Doña Concepcion Rodriguez.
CELIA......................	Doña Josefa Ossorio.
INES.......................	Doña Carolina Duclós.
BARTOLOME MURILLO......	D. Manuel Ossorio.
D. ALONSO PIMENTEL......	D. Manuel Jimenez. *
UN COMISARIO.............	D. Antonio Zamora.
CHINCHILLA................	D. Joaquin Vidales.

Familiares y alguaciles del Santo Oficio.

Sevilla: 163..

* En las diez y ocho primeras representaciones consecutivas de esta comedia, el actor D. Manuel Jimenez desempeñó su papel las siete primeras, y D. Isidoro Valero se prestó á hacerle en las restantes, por enfermedad del primero.

Los autores creen cumplir con un deber al consignarlo aqui; como tambien al aconsejar al señor Valero que siga sin descanso una carrera para la que, merced á esta ocasion, ha mostrado tan felices disposiciones.

ACTO PRIMERO.

Alameda á orillas del Guadalquivir: en primer término una rotonda formada de árboles, de la cual parten infinidad de calles: en el fondo el rio, cuyas orillas estarán cubiertas de adelfas, cañas, retama y otras plantas del pais; en la orilla opuesta un bosque de naranjos y limoneros, por entre cuyas copas se descubrirá el campanario y cúpula del convento de los Remedios. En primer término dos bancos formados de tres trozos de piedra cada uno y colocados sin simetria. Al pié de los árboles crecerán toda clase de enredaderas que van á perderse en las copas. El piso cubierto de hojas de árboles y de azahar.

Al levantarse el telon aparecen D. Alonso Pimentel y Chinchilla, embozados, por entre los árboles de la derecha del espectador: se escucha á lo lejos música de guitarras y el murmullo apenas perceptible de varias voces que rien y cantan.

ESCENA I.

DON ALONSO, CHINCHILLA.

ALONSO. ¡Aun no es la hora, Chinchilla!
CHINC. Para el que ama siempre es hora
ALONSO. Solo está el sitio.
CHINC. Es ya tarde.

ALONSO. ¡Cierto!
CHINC. Y á Sevilla tornan,
cuantos salen de Sevilla
en estas tardes hermosas
á ver del Guadalquivir
la corriente caudalosa.
ALONSO. Raras veces en el campo
habrán visto mi persona,
que soy yo muy caballero
para bailar con las mozas
y comer malas meriendas
sobre esa túpida alfombra;
que si á otros place el romero
á mí me mancha la ropa.
Pero hace el amor milagros;
y amor y celos me acosan:
y bajara yo, no digo
á esta alameda frondosa,
sino al infierno á buscar
al ángel que me enamora.
CIHNC. Sin embargo, don Alonso,
si no es flaca mi memoria,
siempre habeis dicho que vos
no vais tras de las hermosas,
sino que ellas son las que
os buscan, hablan y rondan.
ALONSO. En Galicia asi pasaba;
mas aqui la usanza es otra.
No les basta á las mujeres
de Sevilla plata ó joyas,
que estas bellas andaluzas
con su belleza orgullosas
solo escuchan un suspiro
si les agrada la boca,
y solo dan otro á cambio
de serenatas y coplas.
¡Quién me dijera en Galicia
que habia de estar yo ahora
celando á quien me desprecia
y esperando á quien me enoja,
á solas con mi desdicha,
que es estar menos que á solas,

CHINC. Pero si ella os corresponde...
ALONSO. Créolo asi. Mas la historia
pica en historia, y de firme;
que una dueña quintañona
que la sirve... y que yo pago,
me ha dicho ayer que á estas horas
baja siempre á la alamada
en donde se queda sola
hasta que la noche llega
y hácia la Sierpe se torna,
que sierpe es de mi ventura
la calle donde ella mora.
¿Puedes tú creer, Chinchilla,
que rindiendo el alma toda
don Alonso Pimentel,
el coco de las hermosas,
el cuco de las gallegas,
y el Juan Tenorio de todas,
le desprecie una andaluza
con ceño adusto y faz torva?
CHINC. A no verlo...
ALONSO. Yo he de ver
á qué viene; y si en mal hora
hay un galan, por Santiago,
que ha de tenerme en memoria!
Vamos, Chinchilla, á seguir
la alameda.
CHINC. Si, que es corta. (*Irónicamente.*)
ALONSO. Embózate y no repliques;
que aun cuando llegara á Rota
mis celos la revolvieran
rama á rama, hoja por hoja.
CHINC. Cuentos serán de la dueña.
ALONSO. Cuenta por ellos mis doblas.
CHINC. ¡Dios la confunda si miente!
ALONSO. ¡Confúndala!.. y Dios te oiga.
(*Se van por la arboleda de la izquierda.*)

ESCENA II.

BLANCA.—MURILLO.

BLANCA. Aqui. (*Sale y se oculta.*)
MURILLO. ¿Dónde está?.. ¡tampoco! (*Registrando.*)
Compasion, señora mia,
si aqui tu planta me guia
sal pues... ¡Yo me vuelvo loco!
¿Es acaso de mi mente
agitada pesadilla?
Yo la persigo en Sevilla
y en Triana inútilmente;
y cuando me acerco un tanto
queda en mis manos perdido
ó un fleco de su vestido
ó una punta de su manto.
¡Oh! yo he de ver...

(*Huye ella cuando él se acerca; va á salir por la izquierda; ve á D. Alonso y se oculta en otro grupo de árboles.*)

BLANCA. (No será.
¡Oh! Don Alonso! ¡Ay de mí!)
MURILLO. ¡Dios mio, tampoco aqui!
Yo la he visto, ¿dónde está?.. (*Registrando.*)
Nada. Aqui por vez primera
sonó su voz en mi oido.
¿Para qué habré yo venido,
claro rio, á tu ribera?
La sombra que en mi tormento
voy persiguiendo sin tino
¿halla el fin de su camino
en tu curso violento?
¿Es Guadalquivir acaso
la sirena de tu orilla
que va á dejar en Sevilla
la frescura con su paso?
Pues tú mi desdicha fraguas,
responde al acento mio,
¿es la Nereida del rio
que va á dormirse en tus aguas?

Se perderá sin cesar
en tus ondas de zafir
como tú, Guadalquivir,
vas á perderte en el mar?
Acaso en tu seno escondas,
á la que mi amor insulta.
Por si en tus ondas se oculta
voy á registrar tus ondas.*

(*Al dirigirse al foro lanza Blanca un grito y cambia de lugar creyendo haber sido vista.*)

BLANCA. ¡Ah!

ALONSO. ¡Cielos!.. No me equivoco.
¿dónde... dónde?.. nada... nada.
Mi mente esta trastornada;
no puedo mas... Estoy loco.

(*Registrando todos los árboles del teatro y cayendo desesperado sobre un banco.*)

ESCENA III.

DICHOS.—D. ALONSO, CHINCHILLA, *desde el foro izquierda.*

ALONSO. (Allí hay un hombre.

CHINC. Si tal.

ALONSO. ¿Si fuera el galan?

CHINC. ¡Quién sabe!..) (*Atravesando el foro.*)

MURILLO. (¡Importunos!)

ALONSO. (Paso grave
y sin ruido.)

MURILLO. (Hado fatal!..)

BLANCA. (¡Ah! si me ven soy perdida.)

ALONSO. Ella no viene.

CHINC. ¡Está claro!

ALONSO. Siempre mienten sin reparo
las dueñas.

CHINC. ¡Tarde perdida!

ALONSO. No nos separaremos mucho,
que ese galan no me place.

CHINC. No? Pues escribo «*aqui yace.*» (*Vánse.*)

MURILLO. Se fueron.

BLANCA. Adios. (*Alto á Murillo.*)

MURILLO. ¿Qué escucho!

Si, por aqui. (*Váse por la izquierda.*)

BLANCA. Basta ya. (*Saliendo.*)
Loco le tengo por Dios;
y si sigo de él en pos
su dicha me deberá.
Dejo mi pañuelo aqui;
y mi despedida en él.

(*Coloca el pañuelo en un banco, y al ir á salir por la derecha retrocede.*)

¡Don Alonso!.. ¡hado cruel!
¡Necio!—Vamos... ¡Ay de mí!

(*Se cubre con el manto: Murillo que sale por la izquierda la coge la mano y la trae al proscenio.*)

ESCENA IV.

BLANCA,—MURILLO.

MURILLO. Encanto de mi vida,
vision encantadora,
mujer desconocida,
que tanto me enamora:
deten el vuelo rápido
y escúchame por Dios.

BLANCA. Galante caballero,
que el paso asi me cierra,
salir del bosque quiero,
que estar aqui me aterra:
oid mi triste súplica
si vais de honor en pos!

MURILLO. Tú causas mis enojos,
tú amargas mi existencia.
A no mostrar tus ojos
vanamente licencia
implórasme solícita
para alejarte asi.

BLANCA. Yo nunca llegué á verte,
y mal pude enojarte:
ni sé cuál es tu suerte,
ni sueño con amarte:
no puede serte lícito

mirar mi rostro aquí.

MURILLO. Me sigues.

BLANCA. Estás loco.

MURILLO. Me miras.

BLANCA. No te miro.

MURILLO. Me escribes.

BLANCA. ¡Ay! tampoco.

MURILLO. ¿Suspiras?

BLANCA. No suspiro.

MURILLO. Mi sombra eres benéfica.

BLANCA. Tu sombra no soy yo.

MURILLO. De tí no encuentro indicio.

BLANCA. Ni es fácil que lo encuentres.

MURILLO. Mudado me has el juicio.

BLANCA. Quiero que en juicio entres.

MURILLO. Sin duda estás mofándote.

BLANCA. ¡Que no!

MURILLO. ¡Que sí!

BLANCA. ¡Que no! (*Pausa.*)

MURILLO. ¿Quién es la que me quita
las flores de mi reja?
¿Quién es la que á esta cita
que venga me aconseja:
la que con cartas mágicas
aliéntame á pintar?
¿La que mi vida sabe
y el corazon me abrasa,
la que con otra llave
entrar logra en mi casa?
¿Quién la mujer angélica
que busco sin cesar?
Tú, la dama del manto,
que siempre el rostro escondes,
que miras mi quebranto
y apenas me respondes;
tú, que pareces pérfida
gozarte en mi dolor.
Me citas, y te veo
altiva y recatada;
te pinta mi deseo
sin verte destapada:
escucha, niña, ó déjame,

ó dame al fin tu amor.
BLANCA. Si yo fuera tu estrella,
tu senda iluminara;
si yo fuera tu bella,
mostrárate la cara;
que amante tan incógnita
tu amor no ha de gozar.
¿Te escriben? muy bien hecho;
¿te siguen? no lo estraño;
¿se tapan? buen provecho;
¿te quieren? será engaño.
Amante melancólico,
dejadme ya pasar.
MURILLO. Tu rostro...
BLANCA. ¡Desvario!
MURILLO. Verélo.
BLANCA. No á fé mia.
MURILLO. Tu nombre.
BLANCA. Ya no es mio.
MURILLO. No sales.
BLANCA. (Suerte impia.)
MURILLO. Mi duda hallará un término.
BLANCA. Dejadme huir de aqui.
MURILLO. Hoy veo tu semblante.
BLANCA. Pero es que yo no quiero.
MURILLO. Sufrí por tí bastante.
BLANCA. Dejadme, caballero.
MURILLO. ¡El manto!
BLANCA. No, no es lícito.
MURILLO. ¡Que si!
BLANCA. ¡Que no!
MURILLO. ¡Que si! (*Pausa.*)
BLANCA. Yo soy la que en vos fia,
aquella que os escribe
y que os cita cada dia
por que sin vos no vive;
pero al mirarme impávido
no me vereis ya mas.
Si osas llegar al velo
por siempre te abandono;
y muero sin consuelo,
y nunca te perdono.

Por vez primera y última
juro que me verás.

MURILLO. Ver quiero tu semblante,
legar quiero á la historia
el rostro de mi amante
envuelto con mi gloria;
y ver siglos sin número
de hinojos á tus piés.
Tú vives en mi mente,
tú vives en mi sueño,
serás eternamente
de mi existencia dueño;
tu bella faz descúbreme
y mátame despues.

BLANCA. ¡Por Dios déjame el paso!

MURILLO. No puedo.

BLANCA. Ha de pesarte.

MURILLO. ¿Podrás odiarme?

BLANCA. Acaso.

MURILLO. ¿Lo harás?

BLANCA. Y no mirarte.

MURILLO. Lo arriesgo sin escrúpulo.

BLANCA. Ya nunca te amaré.

MURILLO. Veré tu faz un dia.

BLANCA. ¡Hidalgo te he soñado!

MURILLO. Olvido mi hidalguia.

BLANCA. Adios: tú lo has buscado.

MURILLO. Sea.

BLANCA. ¡Socorro!

MURILLO. ¡Cállate!

ALONSO. ¡Ah! (*Dentro.*)

MURILLO. ¡Cielos!

BLANCA. ¡Me salvé! (*Huye por la derecha.*)

ESCENA .

D. ALONSO, MURILLO *y* CHINCHILLA.

ALONSO. ¿Quién es el torpe mancebo
que manos pone á una dama?

MURILLO. ¿Cómo el pregunton se llama?

CHINC. (Seguir á la dama debo.)
(Se va por donde se fué doña Blanca.)

ESCENA VI.

D. ALONSO, MURILLO.

ALONSO. Yo soy el noble, el hidalgo
don Alonso Pimentel.
Y sepamos quién es él.
MURILLO. Yo solo soy... lo que valgo.
ALONSO. Yo soy muy fuerte.
MURILLO. Yo no.
ALONSO. Soy gallego.
MURILLO. Yo andaluz.
ALONSO. Tengo un pomo. *(Señalando á la espada.)*
MURILLO. Y yo una cruz. *(Id.)*
ALONSO. Pues no le cambio.
MURILLO. Ni yo.
ALONSO. Una mujer aqui habia
y salió de vos huyendo.
Que pidió socorro entiendo.
MURILLO. Pues vino si le pedia.
ALONSO. Justo; y yo, que no tolero
que se falte á una mujer,
vine á cumplir mi deber,
que soy yo muy caballero.
MURILLO. Y yo, que de mí soy dueño,
hago lo que mas me place.
ALONSO. Eso no me satisface.
MURILLO. No es satisfacer mi empeño.
ALONSO. Yo quiero satisfaccion,
y de vos la lograré,
ó pedazos os haré
por Santiago mi patron.
MURILLO. Humos trae segun presumo.
ALONSO. Humo dá el fuego escondido.
MURILLO. Fuego de pronto encendido
presto se convierte en humo.
ALONSO. Basta ya. ¿Porqué esa dama
pidió favor?
MURILLO. ¿Qué os importa?

ALONSO. Larga es. (*Poniendo mano á la espada.*)
MURILLO. La mia no es corta.
ALONSO. Esta ruge.
(*Indicando la accion de blandirla.*)
MURILLO. Y esta brama. (*Riendo.*)
ALONSO. He de matar ó morir,
ó qué es ello he de entender.
MURILLO. Mi espada os lo hará saber.
ALONSO. La mia os lo hará decir.
(*Al ir á sacar las espadas, sale Doña Blanca descubierta y se coloca en medio de los dos. La dueña y Chinchilla se quedan ocultos tras el primer grupo de árboles de la derecha, sin ser vistos de Murillo.*)

ESCENA VII.

DICHOS.—BLANCA, QUIÑONES *y* CHINCHILLA.

BLANCA. Dios os guarde, don Alonso.
¡Ah!... Murillo. (*Saludándole con frialdad.*)
ALONSO. ¿Conoceis
á este doncel?
BLANCA. ¿No lo veis?
ALONSO. Rezad por él un responso.
MURILLO. Señora?...
BLANCA. O me he equivocado,
ó que era riña entendí.
ALONSO. Si tal... yo he venido aqui...
(Estoy de ella enamorado; (*Ap. á Murillo.*)
y si sabe que á otra dama
defendí...)
MURILLO. Enterado quedo.
ALONSO. Por... pues... yo no sé qué enredo...
MURILLO. Como al momento se inflama...
ALONSO. ¡Soy tan fuerte!
BLANCA. Claro está.
¿Pero cesó la porfia
desde luego?
ALONSO. Si á fé mia.
BLANCA. Mas luego continuará.
Y no me habré contentado,
—es mi voluntad espresa—

si ambos no haceis la promesa
de olvidar lo comenzado.

ALONSO. Yo me obligo.

MURILLO. Yo tambien.

ALONSO. Mi mano es esta.

MURILLO. Y la mia. (*Se dan la mano.*)

ALONSO. (¿Quién la tal dama sería?)

BLANCA. (Salí del enredo bien.)

ALONSO. Y vos, mi noble señora
doña Blanca de Alvarado,
¿cómo al rio habeis bajado
tan bella y tan á deshora?

BLANCA. Pláceme la soledad;
y á bajar tarde me ajusto,
que tengo en ello gran gusto.

ALONSO. Hágase su voluntad.

BLANCA. ¿Y vos Murillo? Mucho hace
que no venis á mi casa.

MURILLO. Todo el dia se me pasa
pintando.

ALONSO. ¡Pinta! Me place.

BLANCA. Y tanto, que ó me equivoco,
ó cual dicen en Sevilla,
logrará ser maravilla
del arte.

MURILLO. ¡Oh! eso tampoco.
(¡Qué fastidio!)

ALONSO. La pintura
es una cosa... ¡oh! es cosa...
Vamos, es cosa... pasmosa.
En Galicia está algo oscura.

BLANCA. Ingrato sois por mi fé; (*A Murillo.*)
que á mí vos recomendó
mi hermano don Mendo, y yo
bien por vos me interesé.
Sin duda otro pensamiento
os ocupa.

ALONSO. Puede ser.
Pero vos querreis volver
á Sevilla en el momento.
¡Cruel!

BLANCA. ¿Si?..

ALONSO. Si ¡y tan cruel!
MURILLO. (Perder la ocasion mejor.)
BLANCA. Y me va á hacer un favor (*Con tono ligero.*)
don Alonso Pimentel.
ALONSO. Decid.
BLANCA. Ya va á entrar la noche;
y como estoy tan cansada
y al final de la enramada
tengo esperándome el coche...
deseára...
ALONSO. Mi escudero...
BLANCA. No, vos... á él no le harán caso.
ALONSO. ¡Qué!
BLANCA. Que solo á vos acaso
obedezca mi cochero.
ALONSO. ¡Yo!.. ¡yo!... ¿y vos quedais aquí?
BLANCA. Si Murillo me acompaña...
ALONSO. ¡Ah! (*Inclinándose.*)
MURILLO. (¡Por vida!..)
BLANCA. ¿Qué os estraña?
¿Y mi dueña?
(*Despues de escuchar aparte á D. Alonso.*)
ALONSO. Siendo así...
BLANCA. Juntos los dos volveremos.
ALONSO. Entonces, ingrata fiera,
no al cochero, á la cochera,
iria yo haciendo estremos.
(¡Me encocora el tal artista!)
Vuelvo en seguida.
BLANCA. Id, volad.
(*Enseña á Murillo el pañuelo que está en el banco. Este lo coge de repente.*)
Vuestro pañuelo... mirad.
MURILLO. ¡Ah! ¡Cielos! (*Tomándole.*)
BLANCA. (Perdió la pista...)
MURILLO. (De ella!..) (*Besando el pañuelo.*)
BLANCA. ¿Qué teneis?
ALONSO. (*Volviendo á salir.*) ¿Qué es eso?
BLANCA. Nada. ¿No vais?..
ALONSO. ¡Voy he dicho!
(*Se va por la derecha y con él Chinchilla.*)
(Válate Dios, por capricho.)

BLANCA. Id, corred. (Le ha dado un beso.)

ESCENA VIII.

BLANCA, MURILLO, *y* QUIÑONES.

MURILLO. (Y tener que estar aqui
cuando encontrarla pudiera!)
BLANCA. (¿Cogió el oro. (*A la dueña sin que la vea Murillo.*)
QUIÑ. ¡Bueno fuera!
Chinchilla fué siempre asi.
BLANCA. ¿Callará?
QUIÑ. Como un difunto.
BLANCA. Ten la carta. (*Le da una carta.*)
QUIÑ. Venga acá.
¿Don Alonso?...
BLANCA. Tardará
en volver. Márchate al punto.
QUIÑ. ¿Vuelvo?
BLANCA. Si yo digo: «¡Dueña!»)
MURILLO. (Suyo es.)
BLANCA. Secreto guarda.
MURILLO. (¡Cuánto la noche se tarda!)
BLANCA. ¡Vé!..
QUIÑ. Ya voy. (Pues que se empeña
en condenarse, yo haré
que el doncel caiga en el cebo...
¡Ay! de galan que es mancebo,
libera nos dominé!) (*Se va por la derecha.*)

ESCENA IX.

BLANCA, MURILLO.

MURILLO. (No poder!..)
BLANCA. (Ya le ha escondido.) (*Por el pañuelo.*)
¡Oh! sin duda el buen pintor
pensando está en ese amor,
que le tiene distraido.
MURILLO. No tal.
BLANCA. Será alguna bella
de humilde y oscuro porte;

que á ser dama de la corte
no hicierais gran caso de ella.

MURILLO. ¿Os dura el enojo?

BLANCA. No.
Ni yo con vos me enojé:
vuestra opinion escuché,
y al contrario, me agradó.

MURILLO. Ya no recuerdo la historia.

BLANCA. Yo si, que fué divertida.

MURILLO. No creo...

BLANCA. Estoy decidida
á suplir vuestra memoria.
Yo creí que os acordabais,
que fué linda la ocasion.
Una tarde en mi balcon
triste y silencioso estabais.
Yo os alentaba á pintar,
y os prometia amistosa
que el cariño de una hermosa
os llegaria á encumbrar;
y vos con orgullo insano
me respondisteis: «No á fé:
»yo solo me elevaré
»con mi ingenio y con mi mano.»

MURILLO. Eso dije y es verdad;
que si alguna me quisiera
rica y noble, solo fuera,
para ajar mi vanidad.

BLANCA. ¿Y vivireis sin amor?

MURILLO. No tal: se puede querer
pensando asi, á una mujer
que se honre con el pintor.
No á la que empañar el brillo
de su nombre tema amando...
que tal vez el tiempo andando
valga llamarse Murillo. *(Con orgullo.)*

BLANCA. No he visto en ninguna parte
tal orgullo con tal calma.

MURILLO. La independencia del alma
es lo que engrandece al arte.
Nacer solo y sin fortuna,
vivir del mundo olvidado,

en un rincon ignorado
sin oro, sin noble cuna;
trabajar con fé creciente
y con delirio incesante,
teniendo un mundo delante
cansado é indiferente;
y desde un rincon sombrio
robar con altivo anhelo
su azul transparente al cielo,
sus claras ondas al rio;
crecer con altivo afan
y fijar nuestro destino
entre el raudo torbellino
de hombres que vienen y van;
y convocar en un dia
á la sociedad entera
que nos despreció altanera
cuando no nos conocia;
y decirla:—Aqui... mirad!
¿veis esa tabla manchada?
Esa es de Dios la mirada!»
Y que ella diga: «Es verdad!»
Y subir desde el profundo
aislamiento que os espanta
hasta colocar la planta
sobre los ejes del mundo;
ver que de los hombres huyo
y que me admiran los hombres;
ver que saben nuestros nombres
los que no saben ni el suyo!...
Eso es vivir mas que vos,
es salir de nuestro abismo,
es engendrarse á sí mismo,
es hacer... ¡lo que hace Dios!

BLANCA. ¡Bien! Tan altivo entusiasmo
es orgullo. (*Ocultando su emocion.*)
MURILLO. Tal vez sí.
BLANCA. No ganareis mucho asi.
MURILLO. Pues gano mucho. (*Con orgullo.*)
BLANCA. Me pasmo.
MURILLO. De vuestro pasmo me rio.
BLANCA. Las apariencias ofuscan.

MURILLO. Pues tanto mis cuadros buscan
que no tengo un cuadro mio.
BLANCA. ¿Rehusais mi proteccion?
MURILLO. Solo mi pincel me sobra.
BLANCA. Pues yo os encargo una obra.
MURILLO. Hacerla es mi obligacion. (*Humillado pero con dignidad.*)
BLANCA. Pintareis á una mujer,
si la sabeis concebir,
á quien ha llegado á herir
un hombre en el corazon:
que perdiendo su reposo
con empeño, tal vez necio,
picada con su desprecio
vence al mortal orgulloso;
y le hace amar sin querer
á una mujer que le encumbra, (*Con mucha intencion.*)
á una estrella que le alumbra
la senda que ha de correr.
MURILLO. Otra le ocupa.
BLANCA. No importa.
MURILLO. Es empeño singular.
BLANCA. ¡La amareis!
MURILLO. No la he de amar.
BLANCA. Será la lucha bien corta.
MURILLO. A otra mujer amo yo.
BLANCA. No es cierto.
MURILLO. ¿Díréisme á mí?...
BLANCA. No amais á otra.
MURILLO. ¡Oh! que si.
BLANCA. Me amareis á mí.
MURILLO. ¡Yo!... no.
(*Sin poder contenerse.*)
¡Ya que vuestro afan se empeña!...
(*Conociendo su falta.*)
BLANCA. (¡Bien!...) Si sois afortunado...
MURILLO. No tal, yo no he declarado...
BLANCA. Callad; que os busca esa «Dueña.» (*Alzando la voz.*) (*Yendo hácia la derecha.*)

ESCENA X.

Dichos.—Quiñones (*por la derecha*).

Murillo. ¿A mí?...
Blanca. (Bien va la aventura.)
Quiñ. Una dama pura y bella,
tanto, que otra no hay cual ella
ni en lo bella ni en lo pura;
dama que tiene tal brillo
que de amantes está harta,
quiere que entregue esta carta
á Bartolomé Murillo.
Sabe donde podeis ir,
porque me dijo: «lijera
»búscale, que en la ribera
»está del Guadalquivir.»
Yo la reñí, como es justo,
que soy demasiado honrada
para aceptar la embajada
de corredora del gusto;
pero ella moza y discreta
convencióme de su empeño,
que pues sois de su alma dueño,
debe estar á vos sujeta.
Yo ya os conozco hace dias.
Murillo. Bien, pero?...
Quiñ. Y sois muy galan,
eso si.
Murillo. Pero?...
Quiñ. ¡Qué afan
tiene por vos, qué agonias!
Se levanta con la aurora;
apenas prueba bocado;
y ni piensa en su tocado,
ni duerme apenas un hora.
Por vos deja hasta la misa,
que es cosa que me incomoda,
y pasa la noche toda
para acostarse remisa.
¡Qué suspiros!

BLANCA. (Bien por Dios.)
QUIÑ. ¡Qué lamentos!
MURILLO. ¿Es mi bella
desconocida?
QUIÑ. Si es ella... (*Con intencion.*)
ya debeis saberlo vos.
¡Ay! yo tambien cuando niña...
MURILLO. Pero la carta...
BLANCA. La carta...
QUIÑ. Tal recuerdo me coharta
la voz. ¡Ser jóven es viña!
¡Yo amé!
MURILLO. El papel!...
QUIÑ. Un papel
fué lo que mas me perdió;
que mi juventud di yo
á una frase que vi en él.
MURILLO. Basta. ¡Qué hablar!
BLANCA. Ya es razon...
QUIÑ. ¡Ay, qué lindo era don Gil!
Si señor, que era alguacil
de la villa de Chinchon.
Yo le bordé una valona.
MURILLO. ¡Dueña!
BLANCA. (En su impaciencia gozo.)
QUIÑ. Era mi Gil muy buen mozo
y muy gallarda persona.
Y de muy buen corazon;
nunca supo hacer llorar.
Como que fué familiar
de la Santa Inquisicion.
MURILLO. ¡Por vida!...
QUIÑ. Si, y á no ser
por un grueso lobanillo
que tenia en un tobillo...
no fuera cojo.
MURILLO. ¡Qué hacer!
Calle la dueña ó me voy,
que ya mi paciencia es harta.
Déme la carta.
QUIÑ. ¿Qué carta?
MURILLO. ¡Cómo!

QUIÑ. ¡Ah! si, justo, ya voy. (*Dándosela.*
Tened.—¿Y vos sois su hermana?
porque mi dueño me obliga
á que solo...

BLANCA. Soy su amiga.
(Bien, vete ya.) (*A la dueña.*)

QUIÑ. Hasta mañana.

MURILLO. Ten en prenda este bolsillo.

QUIÑ. Yo, señor... oro...

MURILLO. ¿No quiere?

QUIÑ. Si tal, el oro no hiere.
¡Que viva el señor Murillo!
Nunca hizo tal mi alguacil.

MURILLO. Id.

QUIÑ. Si, si, que tengo prisa.
Haré cantar una misa
por el alma de don Gil.

ESCENA XI.

DOÑA BLANCA, MURILLO.

BLANCA. Quedad en paz, caballero.

MURILLO. Puedo juraros, señora...

BLANCA. Con dama que asi enamora
yo mas competir no quiero.

MURILLO. Pero...

BLANCA. ¡Bello es el ardid! (*Fingiendo estar*
Siga vuestra suerte ufana. (*muy ofendida.*)
Adios, Murillo: mañana
me marcho para Madrid.

MURILLO. Dios os guie.

BLANCA. Y no olvideis
que á mí volvereis un dia.

MURILLO. ¿Os vais?

BLANCA. (La victoria es mia.)

MURILLO. Os suplico que os quedeis...
que don Alonso vendrá.

BLANCA. Leed, leed en buen hora
el papel de esa señora,
que algo impaciente os tendrá.

MURILLO. (Si por cierto.) Ruégoos

que espereis.
BLANCA. Haced alarde
de ese triunfo. A Dios, que os guarde.
MURILLO. Dios os guarde.
BLANCA. Adios.
MURILLO. Adios.
(Blanca se va por la derecha sonriendo.)

ESCENA XII.

MURILLO.

¡Terrible ha sido el empeño!
¡Gracias á Dios que se fué!
Ya dichoso ser podré
con la carta de mi dueño.
Si... ya iba á verla esta tarde
y á salir de tanta duda...
¿Se habrá enojado? Me escuda
el puro amor en que arde.
Leamos... Cese mi afan...
¡Ah! qué bella debe ser...
¿Por qué me ama esa mujer?
Dice el nema: «A mi galan.»
«Si Murillo, que es discreto, *(Leyendo.)*
ver tanto mi rostro ansia,
tener podrá esa alegria
con tal que guarde el secreto.
Que aunque enojada
me tiene, y mucho,
mi amor escucho,
no mi altivez.
Donde esta tarde
me ultrajó tanto,
podrá sin manto
verme una vez.
Si al anochecer discreto
mi semblante ver ansia,
jure á la memoria mia
guardar siempre mi secreto.
Mi pañuelo es la prenda
de su respeto.»

Al fin á saberlo voy,
al fin podré averiguar
si esa dama singular
me quiere por lo que soy.
Por todas partes me sigue,
en todas partes la veo;
si mi amor es su deseo,
razon será que me obligue.
Tarda ya. Debe ser bella. (*Luchando con las*
Ha rato está anocheciendo. (*dos ideas.*)
Muy bien su enojo comprendo.
Dudo si vendrá.

BLANCA. ¡Ah! (*Saliendo tapada con*
MURILLO. ¡Ella! (*el manto.*)

ESCENA XIII.

BLANCA, MURILLO.

MURILLO. Bendiga tu intento Dios.
BLANCA. ¿Esperásteis? (*Modulando la voz.*)
MURILLO. Claro está.
¿Desenojada estás ya?
BLANCA. Celos me dieron de vos.
MURILLO. No hablemos mas que de tí.
¿Al fin, ángel de mi vida,
tu faz no estará escondida
mas instantes para mí?
¡Al fin ahorrándome enojos
y alegrando mi destino
á alumbrar va mi camino
la clara luz de tus ojos?
BLANCA. Soy fea.
MURILLO. No puede ser.
BLANCA. Témolo.
MURILLO. ¡Quién lo creyera!
BLANCA. Despues de verme, cualquiera.
MURILLO. Yo no te he llegado á ver.
Mas basta por Dios que ya
me asesina la impaciencia.
BLANCA. ¿Tendrás valor?

MURILLO. No paciencia.
BLANCA. Alguien me verá quizá...
MURILLO. No.
BLANCA. Mira... (*Indicándole que registre el foro.*)
MURILLO. ¿Juras no huir?
BLANCA. ¿Para qué hubiera venido?
MURILLO. Ya mi anhelo se ha cumplido.
BLANCA. (Cuánto te has de confundir.)
(*Murillo se dirige al fondo; Blanca corre á la derecha y coloca á la dueña en el sitio en que ella estaba, cubriéndola el rostro con el manto. Al irse á esconder ve salir á D. Alonso y Chinchilla, á quienes oculta tras de un grupo de árboles, desde donde observan.*)
(¡Pronto!) (*A la dueña.*) (¡Don Alonso! Bien.
Silencio; vereis la dama
que nuestro Murillo ama.)
ALONSO. ¡Hola! (*Ocúltanse.*)
MURILLO. ¡Mio es el eden!
(*Bajando y fuera de sí.*)

ESCENA XIV.

DOÑA BLANCA, DON ALONSO, MURILLO, CHINCHILLA *y* QUIÑONES.

MURILLO. Nadie nos ve, prenda mia, (*A Quiñones.*)
y ocultarte ya es crueldad.
Mire yo por tu bondad
la aurora al morir el dia.
BLANCA. (Chist.) (*A D. Alonso, que quiere salir.*)
ALONSO. (Quiero ver...)
MURILLO. ¡Bien está! (*Con resolucion.*)
¿Callas? Ya mas no resisto.
BLANCA. (Ahora es ella.)
MURILLO. ¡Jesucristo!
(*Quita el manto á Quiñones y retrocede horrorizado.*)
QUIÑ. ¡Compasion!
BLANCA, ALONSO *y* CHINCHILLA. Já, já, já, já!
(*Murillo pone mano á la espada y Quiñones cae de

rodillas: doña Blanca, don Alonso y Chinchilla lanzan una carcajada: Murillo al oirla deja caer la espada y se cubre el rostro con las manos sumido en la mayor desesperacion.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro dividido en tres partes. La de la derecha es una habitacion de una casa muy antigua, pero lujosamente decorada; puerta al foro y á la derecha; un balcon en la izquierda con antepecho de balaustres de piedra: una mesa y varios taburetes.— En la parte del centro se verá en primer término el caballete de una tapia, y detras de este varias copas de árboles. Se supone que esta parte es un jardin que está á nivel de la planta baja de las dos casas que ocupan lo demas del escenario. El foro de tejados, y en último término los últimos cuerpos de la Giralda. La fachada de la parte de la derecha que dá al jardin será de piedra oscura: la de la izquierda blanca, dejando ver por algunos desconchones la fábrica de ladrillo.—La parte de la izquierda es una habitacion toda blanca y pobremente amueblada. Puerta al foro; otra á la izquierda en segundo término, y á la derecha dos ventanas de antepecho. Frente á la primera ventana y casi de espaldas al público un caballete con un cuadro á medio pintar junto á la segunda ventana una mesa; sobre ella una caja de colores, paleta y pinceles: varios cuadros sin marco colgados por las paredes sin simetria: por la puerta del foro se ve la escalera que conduce al piso bajo de la posada: una espada colgada en un lado, en otro una capa; sobre los taburetes libros, ropa y papeles.

Puertas vidrieras en el balcon de la derecha:—en las ventanas de la izquierda puertas con lienzo en vez de vidrios. La parte de la derecha y la del centro á oscuras: la de la izquierda alumbrada por una vela que arderá en un candelero colocado sobre la mesa.

Al levantarse el telon aparecen en la habitacion de la izquierda Celia é Inés limpiando los muebles y colocándolos con órden.

ESCENA PRIMERA.

CELIA, INÉS (*en la izquierda*).

INES. ¡Cuando digo que lo he visto!
CELIA. ¿Es un frailecico?
INES. No,
sino un bulto negro. Yo
pensé morir.
CELIA. ¡Jesucristo!
INES. Estar aqui apenas puedo.
CELIA. Vamos la estancia á arreglar;
y mientras tanto á cantar,
que aleja el cantar al miedo.

ESCENA II.

DICHAS (*en la izquierda*).—DOÑA BLANCA, QUIÑONES (*en la derecha*).

BLANCA. Aqui espérame.
QUIÑ. ¡Gran Dios! (*Trae una luz.*)
¡Sola habiendo aqui un sujeto!...
BLANCA. Ya sabes que este secreto
no ha de salir de las dos.
QUIÑ. Pero...
BLANCA. Tú tan solo sabes,
que esta casa abandonada
tiene por la mia entrada

y que yo tengo las llaves.
Solo he fiado á tu amor
cuanto en mis amores pasa;
que está enfrente de esta casa
la casa de mi pintor;
que con lo del duende ahuyento
de su cuarto á gentes pias,
y en él hago de las mias,
y su confusion aumento.

QUIÑ. Oid, por Dios, mi reproche.

BLANCA. Predicarás en desierto.

INES. (Que hay un duende aqui es muy cierto.
¡Si nos pillara una noche!)

INES, CELIA. (*Bajo cantando.*)
«Madre, que me coge el duende,
señora madre, ¡qué frio!
El duende, niña, es amor,
no temas, que no es dañino.»

BLANCA. ¿Escuchaste la cancion?

QUIÑ. De espanto quedéme muda.

BLANCA. ¡Es amor!

QUIÑ. ¡Que la viuda
de don Fernando Giron,
embeleso de Sevilla,
discreta, rica y no fea,
quiera y querida no sea!

BLANCA. Por Dios que es gran maravilla.
Pero separa esa luz,
que de la casa de enfrente
pueden verla, pues que hay gente.

QUIÑ. ¡Líbrenos la santa cruz!
En fin, que estais decidida?

BLANCA. Sin que me detenga nada.

QUIÑ. ¿Decidida?

BLANCA. ¡Enamorada!

QUIÑ. ¿Enamorada?

BLANCA. Perdida.
Yo con el pintor jugué;
mas con pinturas andaba,
y sin saber que pintaba,
en el alma lo pinté.
¡Bórrale, pues! me dirás;

déjate de esas locuras.
¡Ah, Quiñones! hay pinturas
que no se borran jamás.

QUIÑ. Para borrarle imagino
que no os dareis mucha priesa.

BLANCA. El amor me tiene presa.

INES, CELIA. «No temas, que no es dañino.» (*Cantando.*)

QUIÑ. Pero queriéndole asi
descubrios.

BLANCA. Mal supones:
fuera perderle, Quiñones,
fuera quedarme sin mí.
Con su genio envanecido,
por la pintura elevado,
juzgaríase humillado
de ser por mí protegido.
Aun hoy me lo ha dicho fiero
en el rio ese cruel:
por eso es tan grande él,
por eso tanto le quiero!

QUIÑ. Pero esta noche por fin
va á veros.

BLANCA. Ya á la razon
vencerá su corazon.

QUIÑ. La escala puse al jardin.

BLANCA. Hoy á las once, admirado
de cuanto he podido amarle,
creerá que no ha de humillarle
la que tanto se ha humillado.
Mi orgullo le sacrifico,
y soy noble y soy mujer.
Mira si sabré querer.

INES, CELIA. «¡Que me coge el duendecico!» (*Cantando.*)

QUIÑ. De su estancia bajará
al jardin el muy bribon,
y ese vetusto balcon
puerta al cielo le abrirá.
¡Ay edad! ¡ay bello abril,
que presto el enero espanta!
¡Ay mi alguacil de la Santa!
¡ay malogrado don Gil!

BLANCA. ¡Maria-Perez!

QUIÑ. ¡Qué vacio
su triste muerte ha dejado
en mi pecho enamorado!
CELIA, INES. «¡Señora, madre, que frio!» (*Cantando.*)
QUIÑ. Pero es materia distinta,
que era hidalgo, si señor.
BLANCA. Murillo es mas, es pintor.
QUIÑ. A no comprar cuanto pinta
vos, ¡bueno andara Murillo!
BLANCA. Su color apasionado
revela un fuego sagrado.
QUIÑ. (¡Lástima de baratillo!)
BLANCA. Por último, entre los dos
media la primera ley;
un hidalgo lo hace un rey
un genio tan solo Dios.
Y entre un noble caballero
y un pintor que fama cobra,
primero es de Dios la obra,
el pintor es el primero.
QUIÑ. Mas yo...
BLANCA. Ver y oir te toca.
QUIÑ. Callo pues.
BLANCA. Como advertida.
QUIÑ. Bien quereis.
BLANCA. Mas que á mi vida.
QUIÑ. ¡Amante estais!
BLANCA. ¡Estoy loca!
QUIÑ. Ay que al ver ese cariño
mas recuerdo mi alguacil,
que era muy galan don Gil
pésia á lo barbilampiño.
Delicado cual mujer,
flaco como una algarroba...
A no ser por la joroba
hombre seria de ver.
BLANCA. ¡Eh! vamos: con este afan
de don Gil á troche y moche
el tiempo pierdo esta noche,
que va á venir mi galan.
QUIÑ. Es verdad.
BLANCA. Será preciso

en un papel avisarle
y á su posada llevarle.
Voy.

QUIÑ. (Bien.) Señora os aviso
que aun suena la gente allende,
y á vos no ha de estaros bien
que os vean.

BLANCA. ¡Oh! ¡si me ven!.. (*Con temor.*

CELIA, INES. Madre, que me coge el duende. (*Cantando.*)

BLANCA. No importa: de pena sal. (*Decidida.*)
El duende seré.

QUIÑ. ¡Qué horror!

INES, CELIA. El duende, niña, es amor (*Cantando.*)
y á las niñas no hace mal.

QUIÑ. ¡Ay, qué lindo duendecillo! (*Por Blanca.*)

BLANCA. Adios.

QUIÑ. (Si el plan bien me sale
treinta ducados me vale.)

BLANCA. (¡Cuánto me cuestas, Murillo!)

ESCENA III.

QUIÑONES, CELIA, INES.

QUIÑ. Ya don Alonso y Chinchilla
esperándome estarán:
con tanto y tanto galan
presto se hace pacotilla.
Si alguien chilla
tachándome de indiscreta,
diré lo que aquel poeta:
«Poderoso caballero
es don dinero.»
Voy: aqui el galan se mete
y un desengaño le ofrezco;
por esto muy bien merezco
un destino en... Alcaudete.
¡Esto promete!
Yo diré con el poeta
si me tachan de... indiscreta:
«Poderoso caballero
es don dinero.» (*Váse por el foro.*)

ESCENA IV.

CELIA, INES.

CELIA. ¿Acabaste?
INES. Si.
CELIA. Pues vamos,
que vendrá el señor Murillo.
INES. Y luego ese duendecillo
de ahi en frente... Si, corramos.
CELIA. Yo no le temo. (*Con resolucion.*)
INES. ¡Bah, bah!
Si á eso vamos yo tampoco, (*Envalentonada.*)
que ya no me asusta el coco.
BLANCA. ¡Parlanchinas! (*Con voz ronca.*)
INES, CELIA. ¡Ahí!.. (*Dando un grito y huyendo.*)
BLANCA. ¡Já, já!

ESCENA V.

BLANCA, *en la parte de la izquierda* (1).

Momentos antes se ha visto apoyar en la reja de la habitacion de Murillo el remate de una escalera de mano: doña Blanca aparece en ella, y sin hacer ruido abre la reja con una llave; penetra en la estancia y se coloca detras del caballete rebozada en el manto.

Como una loca me rio
de su insensato temor.
Prodigios obra el amor:
el campo quedó por mio.
¡Otra virgen bosquejada! (*Contemplándola.*)
¡Ante su genio me postro!
¡Oh! tambien en ese rostro (*Con alegria.*)
cual siempre estoy retratada!

(1) Si algun director quiere variar esta salida puede verificarse por una puerta secreta abierta en el muro de la izquierda en primer término, apareciendo, en este caso, al levantarse el telon la escalera ya apoyada en la ventana.

Que odio me tiene, cruel,
se forja en sus ilusiones,
y ahora y siempre mis facciones
se escapan de su pincel.
Tan solo mi amor desea
aunque tan perplejo ande.
Si esto no es amor, y grande,
que venga Dios y lo vea. (*Muy gozosa.*)
La burla que con mi dueña (*Temerosa.*)
le hice esta tarde, quizá
le habrá enojado y... si: mas...
¿por qué altivo me desdeña?
La culpa me tengo yo, (*Variando de tono.*)
que le estoy volviendo loco
con los registros que toco.
Pero el tiempo vuela. ¡Oh! (*Sobresaltada.*)
No tengo el papel! Aqui
escribiré. ¿Quién atina?..(*Buscando con qué.*)
¡Ah! que imágen tan divina!
(*Volviendo á mirar el cuadro.*)
¡Es la Virgen misma! Si.
Virgen pura y sin mancha,
flor de las flores,
paloma de los cielos,
madre de amores,
haz que me quiera
y si no ha de quererme
haz que me muera.
(*Se sienta á la mesa y escribe, de cara á la segunda ventana.*)

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA, *en la izquierda.*—QUIÑONES, CHINCHILLA *y* D. ALONSO *en la derecha.*

ALONSO. Si, Quiñones, te confieso (*En la puerta del foro.*)
que me encuentro frio, inerte;
que á pesar de ser tan fuerte
tengo el corazon opreso.
QUIÑ. Repare vueseñoria
que nos pueden escuchar.

ALONSO. Si la voz hay que bajar
la bajará mi hidalguia.
CHINC. Recobrad vuestro sosiego.
QUIÑ. Que vais á perjudicarme.
ALONSO. Eso no; yo he de portarme
como un hidalgo gallego.
QUIÑ. Bien.
ALONSO. Enterémonos. Esta,
segun mi razon comprende,
será la casa del duende.
QUIÑ. Es asi.
ALONSO. A la calle opuesta
la de doña Blanca dá.
QUIÑ. Pero hay una entrada abierta.
ALONSO. Mi mal está en una puerta!
Mi ingenio la cerrará.
¿Y el pintor tan adorado?
¿Dónde vive el delincuente?
QUIÑ. En esa casa de enfrente.
(*Señalando desde el balcon.*)
ALONSO. Es decir, al otro lado. (*Despues de pensarlo.*
Bien.
QUIÑ. Mirad. Alli está ella.
ALONSO. ¡Veo una dama con manto! (*Mirando por el*
¡Oh! la conozco en su encanto! (*balcon.*)
¡Tan ingrata como bella!
Bien.
QUIÑ. Conque os podeis marchar:
visto habeis el desengaño.
ALONSO. Si. ¡Mala pascua y mal año!
Mas asi no ha de quedar.
Yo he de deshacer la embrolla,
pese á mi contraria suerte.
Quiñones, yo era muy fuerte
allá en San Miguel de Holla.
QUIÑ. Mas...
ALONSO. ¿Viene á las once en fin?
QUIÑ. Si.
ALONSO. Me alegro.
CHINC. ¡Buena es!
ALONSO. Por ese jardin?
QUIÑ. Si, pues.

ALONSO. Le aguardaré en el jardin.
QUIÑ. Pero, señor, si le aguarda
habrá pendencia.
ALONSO. Es justicia.
Me la han templado en Galicia; (*Por la es-*
tiene buen pomo y es larga. (*pada.*)
QUIÑ. Pero... ¡Ducados malditos!
¡Idos, idos presto!
ALONSO. Bien. (*Sentándose.*)
QUIÑ. Pero por favor, si os ven...
ALONSO. Que me vean.
QUIÑ. Daré gritos.
¡Socor!..
ALONSO. Vil gentecilla.
QUIÑ. ¡Socor!...
ALONSO. ¡Vacía! ¡menguada!
Tápale. .
QUIÑ. ¡Ah!
CHINC. ¡Eh! Callada.
ALONSO. Corre el cerrojo, Chinchilla.
(*La encierran en una habitacion contigua. Chinchilla le ha tapado la boca con un pañuelo que ahoga sus gritos. Doña Blanca levanta la cabeza y mira azorada á todas partes.*)

ESCENA VII.

DOÑA BLANCA, D. ALONSO, CHINCHILLA.

BLANCA. Creí oir... No, no: acabemos.
ALONSO. Ya no me estorba la vieja.
La escalera está en la reja: (*Mirando por el*
fuerza es que al jardin bajemos. (*balcon.*)
CHINC. ¿Y cómo?...
ALONSO. Puerta tendrá (*Pensando.*)
el jardin: por ella entramos,
y entre el ramaje esperamos
á que ella descienda.
CHINC. ¡Ya! (*Admirado de*
ALONSO. ¡Cuál será su turbacion *raciocinio.*)
al encontrarse conmigo!
Sígueme, Chinchilla amigo. (*Gozoso.*)

CHINC. Vamos, mas con precaucion.
ALONSO. Lance es que tiene malicia.
CHINC. Tal vez peligro.
ALONSO. Segun.
Está visto: soy aun
tan fuerte como en Galicia. (*Vánse.*
BLANCA. No sé acabar. Ya vendrá.
Bien la otra burla enmendé.
Voy. ¡Qué loco le tendré!
Es tarde. ¡Murillo! (*Apaga la luz.*)
MURILLO. ¡Ah! (*Sin verla el rostro.*)

ESCENA VIII.

MURILLO, BLANCA.

Murillo aparece en la puerta fondo de su estancia en el momento en que doña Blanca se dispone á partir. Quiere huir á tientas: Murillo se dirige á ella en medio de la oscuridad y consigue asirla de una mano. Toda la escena con rapidez.

MURILLO. ¡Señora! ¡señora! (*Loco de alegria.*)
¡Encanto celeste!
BLANCA. ¡Dejadme! (*Modulando la voz.*)
MURILLO. ¡Dejarte!
Mándame que deje (*Fuera de sí.*)
la vida á tus plantas;
daréme la muerte.
BLANCA. ¡Gran Dios! ¡Soy perdida! (*Con rapidez.*)
MURILLO. ¡Perdido me tienes!
BLANCA. Dejad, caballero, (*Con timidez.*)
que presto me ausente.
Mirad que mi vida
estriba en volverme.
Delito de amores
en cárcel me tiene:
los jueces perdonan:
sois cómplice de este;
no sea el amante
peor que los jueces.
MURILLO. Mujer que perdido (*Con resolucion.*)

el seso me tiene,
ángel ó demonio,
trasgo, dama ó duende;
si el cielo me vale
dejarte y no verte,
al cielo renuncio
contento y alegre.

BLANCA. ¡Pues asi te quiero! (*Entusiasmada.*)

MURILLO. ¡Pues asi me tienes!

BLANCA. ¡Te quiero gran hombre!

MURILLO. Serélo si quieres!
Que un punto te vea,
que contigo sueñe,
que seas el ángel
que alumbre mi mente;
y si trasladada (*Con resolucion.*)
al lienzo ser quieres,
robarán al cielo
su luz mis pinceles.

BLANCA. El alma te diera. (*Rapidez.*)

MURILLO. La suya te ofrece
un hombre que vive
de amar solamente.

BLANCA. Tu vista es mi vida. (*Entusiasmo cre-*

MURILLO. Tu ausencia mi muerte. *ciente.*)

BLANCA. Mi amor nunca mengua.

MURILLO. Mi amor siempre crece.

BLANCA. Que viva en tu pecho
mi idea perene,
que en ella te inspires,
que aliento te preste.

MURILLO. Que viva en el tuyo
mi imágen ardiente,
que con ella vivas,
que con ella sueñes.

BLANCA. ¡Qué dicha mas grande! (*Extasiados.*)

MURILLO. ¡El cielo es aqueste!

BLANCA. Murillo, este encanto (*Variando de tono.*)
que siento y que sientes
no dice á tu alma
que sufra y espere?
Déjame. Palabra

te empeño solemne.
Esta misma noche
volverás á verme.

MURILLO. Adios, mi esperanza. (*Desesperado.*)

BLANCA. ¿Qué dudas? ¿Qué temes?

MURILLO. Castillo de naipes, (*Con amargura.*)
cayóse al moverle.

BLANCA. ¿Qué dices?

MURILLO. ¡Qué digo!
Hace cinco meses
que do quier camino
encuentro tus redes.

BLANCA. ¡Eso es que te quiero! (*Rapidez.*)

MURILLO. ¡Malditos quereres!

BLANCA. ¿Te he engañado nunca?

MURILLO. ¡Me has matado siempre!
Quien sin encubrirse (*Con despecho.*)
amarme no puede,
ó quiere de burlas
ó amor no merece.

BLANCA. ¡Murillo! (*Ofendida.*)

MURILLO. Esta tarde, (*Dolorosamente afectado.*)
tu voz no lo niegue,
burlaste en el rio
mi anhelo de verte.
Murió mi esperanza:
contigo enojéme
á voces llamando
la pálida muerte.
Pregunta á las flores
que bordan del Bétis
la hermosa ribera,
pregunta al ambiente
que tus juramentos
llevó en humo leve;
pregunta á las aves
que cantan alegres,
si oyeron mis quejas,
si oyeron mis preces,
que mas que yo mismo
sabrán responderte.
Desatalentado

á casa tornéme;
en casa te encuentro,
olvido quien eres,
y en mar de esperanzas
de nuevo lancéme.
Hora que te tengo
dejarme no esperes.
Mi seso te pido
que loco me vuelves;
te exijo mi calma
que llevarte sueles,
y el pecho que rompes
y el alma que pierdes.

BLANCA. ¡Qué tierno! ¡qué amante! (*Con ironia.*)
¡qué frases corteses!
Galan que á una dama (*Rapidez cre-*
sin causa detiene, (*ciente.*)
galan que á sus ruegos
de mármol parece
y escucha insensible
y apura inclemente,
ni sufre, ni piensa,
ni obliga, ni cree,
ni estima, ni paga,
ni espera, ni quiere,

MURILLO. ¡Qué mal que lo finges!

BLANCA. ¡Qué bien que lo sientes!

MURILLO. Parte y mas no vuelvas. (*Desesperado.*)

BLANCA. (¡Albricias, salvéme!) (*Logra desasirse.*)
La vida me tornas.

MURILLO. ¡Vete!

BLANCA ¡Gracias!

MURILLO. ¡Vete! (*Con despecho.*)

BLANCA. (¿Por dónde? ¡Ah! ¡qué idea!)

MURILLO. No vuelvas á verme.

BLANCA. Adios, vida mia.

MURILLO. Adios, fiera muerte.

BLANCA. ¡El cielo te juzgo!

MURILLO. Mi infierno pareces.

ESCENA IX.

Murillo. *Blanca despues de buscar la puerta algunos instantes, desaparece por ella.*

Murillo. Ve lejos, ingrata;
y á los cielos plegue
que un dia de veras
á adorarme llegues,
para estos dolores
que loco me vuelven
con creces y usura
poder devolverte.
Arde mi cabeza,
abrasa mi frente.
¡Señora! ¡Señora! (*Buscándola á tien-*
¡Oh, cielos, valedme! (*tas.*)
No está, no. ¿Es un sueño?
¿Es mujer? ¿Es duende?
¿Por dónde ha partido?
¿Qué misterio es este?
Señor, haz que vea (*Desatalentado.*)
un punto, y que ciegue.

ESCENA X.

Murillo.—Celia (*con luz*).

Celia. ¿Señor Murillo?
Murillo. ¿Quién llama? (*Sobresaltado.*)
Celia. Como habeis apagado
la luz, os crei acostado.
Por vos pregunta una dama.
Murillo. (¡Hará que mi frente estalle!)
Que entre pues.
Celia. Ese es su anhelo.
(¡Viene llovida del cielo!
Mas paga bien el que calle.)
Señora, entrad. (*Váse dejando la luz.*)

ESCENA XI.

MURILLO.—DOÑA BLANCA.

MURILLO. ¡Vos! (*Admiracion y disgusto.*)
BLANCA. Yo, si. (*Con dignidad.*)
MURILLO. Perdonad... ¿Mas vos, señora,
en mi casa y á tal hora?
BLANCA. En otra no entrara aqui.
Si del sol al claro brillo (*Procurando engruesar la voz.*)
viniese, y no es maravilla,
supiera toda Sevilla
que entré en casa de Murillo.
MURILLO. ¿Y á qué debo el ser honrado?... (*Dominándose.*)
(Llega en buen hora por Dios.)
BLANCA. (Bien. Aun me tiene por dos.)
MURILLO. Hablad.
BLANCA. (Nada ha sospechado.)
MURILLO. Ved que un asunto me espera
harto grave para mí.
(Siempre esta mujer.)
BLANCA. Aqui,
si otro tal vez me trajera,
nunca me vierais á fé.
MURILLO. Pues decidlo y concluyamos,
que el tiempo perdiendo estamos.
BLANCA. Siempre galante se os ve. (*Con ironia.*)
No penseis que vengo vana (*Con altivez.*)
en pos de un amante afan,
que no sois vos tan galan
ni he de ser yo tan liviana.
Dejad necias prevenciones (*Con sonrisa despreciativa.*)
con que tan hinchado os veis,
y no creais que prendeis
al vuelo los corazones.
No os vengo cuenta á pedir
de vuestro desprecio frio:
á orillas pasó del rio;
llevólo Guadalquivir.
Que un galan no se reporte
acaso alguna reprende;

mas desden vuestro no ofende
á las damas de mi porte.
Heríme al pronto; mal hice,
ya reconozco mi error;
las frases toman valor (*Con orgullo.*)
de la boca que las dice.

MURILLO. ¡Señora!... Podeis seguir,
que lo que hablais no es quimera;
(*Conteniéndose.*)
Si otra boca lo dijera (*Con firmeza.*)
no lo volviera á decir.

BLANCA. Dejémoslo, por favor,
que los instantes se van.
No llego á ver al galan;
tengo que hablar al pintor.

MURILLO. Negocio es ese distinto
que dejaremos por hoy:
agora pintor no soy:
cuando no hay sol nunca pinto.

BLANCA. En todas las ocasiones,
en cualquier lugar y estado,
el que es bueno y es honrado
responde de sus acciones.
Déjese, mi buen Apeles, (*Con mofa.*)
de sarcasmos y de afrentas,
que vengo á pedirle cuentas (*Con entereza.*)
de un crímen de sus pinceles.

MURILLO. ¿Cómo?

BLANCA. Esperad. Me han contado (*Con intencion.*)
que hoy en casa de un maestro
se vendia un cuadro vuestro
que es de mi rostro traslado.

MURILLO. ¡Gran Dios! (*Aterrado.*)

BLANCA. Y no es eso todo;
que he visto en la Magdalena
una Vírgen—y es muy buena—
(*Gozosa, pero queriéndolo disimular.*)
pintada del mismo modo.

MURILLO. Yo... (*Desconcertado.*)

BLANCA. Tambien en Capuchinos
cuatro lienzos vuestros ví,
—lindos á fé—que de mí (*Id.*)

son traslados peregrinos.

MURILLO. Mas...

BLANCA. Puesto que no me amais,
y asi dais que murmurar
de mí, bien puedo pensar
que deshonrarme intentais.

MURILLO. Quizá habrá algun parecido...

BLANCA. ¿Alguno tal vez? Mirad
lo que pintais... Comparad.

MURILLO. Señora...

BLANCA. Estais convencido.

MURILLO. La frente...

BLANCA. Y los labios rojos,
y la boca y el cabello,
y las mejillas y el cuello, (*Loca de alegria.*)
y la nariz y los ojos.
¿Quereis mas?

MURILLO. ¡Desdicha mia!
(*Con desesperacion despues de comparar.*)
Siempre que algo hermoso ideo
en mis colores os veo.

BLANCA. Muy linda galanteria.

MURILLO. No es galanteria esto;
tampoco es amor, por Dios;
siempre estoy pensando en vos;
mas pienso... porque os detesto. (*Fuera de sí.*)
Siempre os hallo en mi camino,
y al mayor mal os igualo;
siempre, como el ángel malo
de mi iracundo destino.
Siempre ese rostro cruel
brota en mis lienzos sutil
á mi pesar: veces mil
mis lienzos rompí por él.
No es el genio del artista
hermoso, puro, fecundo;
es un fantasma iracundo
que siempre tengo á la vista.
Genio de instintos crueles
que mi inspiracion sujeta...
¡Oh! romperé mi paleta
(*Corre hácia la mesa donde estan estos objetos.*)

y polvo haré mis pinceles.

BLANCA. ¡Tened!

MURILLO. (¡Una carta! ¡Ah!)

(*Viendo la carta que dejó Blanca.*)

BLANCA. (Desorientado quedó:
no pensará que soy yo
la que por él muerta está.)

MURILLO. Señora?...

(*En ademan suplicante como arrepentido de lo que ha dicho.*)

BLANCA. Adios. Yo me postro
ante el pintor excelente,
rogándole humildemente
no ponga en feria mi rostro.
Y por si de nuevo intenta (*Con despreciativa*
ir trasladándome á ratos, *dignidad.*)
yo pagaré mis retratos
antes que verlos en venta.
Y aprenda en fin, mal su grado,
si á este asunto no echa un velo...
que es mucho para modelo
(*Irguiéndose con noble orgullo y variando de tono.*)
doña Blanca de Alvarado.

ESCENA XII.

MURILLO, *en la izquierda.*—D. ALONSO, CHINCHILLA, *en la derecha.*

ALONSO. En Galicia no es asi. (*Dentro y en voz alta.*)
Alli siempre estan las puertas
á los hidalgos abiertas.

MURILLO. ¡Oh!

ALONSO. Los hombros le metí,
y resistióse de suerte,
que al ver esta maravilla
comienzo á dudar, Chinchilla,
si soy fuerte ó no soy fuerte.

CHINC. De vuelta estamos acá.

ALONSO. Bajaré desde esta sala,
y ese árbol será mi escala.

(*Señalando al que está al pie del balcon.*)

¡Qué honra para el árbol!

CHINC. ¡Ya!

ALONSO. Abro y... ¡Qué veo! ¡El pintor! (*En el bal-*
Silencio, y atento observa. (*con.*)

CHINC. Ha pisado mala yerba.

(*Murillo se pasea muy preocupado por su habitacion.*)

ALONSO. Piensa en mí y le dá pavor.
Bien sabe que si hago ¡vif!
destroza mi cintarazo,
no ya á morillo, á un morazo
con mas barbas que Tarif.

MURILLO. Si.... Mi mente es laberinto
donde se pierde el deseo:
en todas partes la veo;
en todas partes la pinto.
Di, rebelde corazon,
no calles mas, habla, dí,
¿encierras dentro de tí
tan insensata pasion?
Si no son temores vanos,
si hasta quererla te humillas,
de este pecho que mancillas
te arrancaré con mis manos.

. . . .

A otra quiero con locura.
¿De qué mi duda proviene?
De todo la culpa tiene
esta maldita pintura.

(*Rasgando el lienzo del cuadro con el tiento.*)

ALONSO. ¡Jesus!

MURILLO. ¡Oh! Yo pondré coto
á tan soberbia vision.

ALONSO. ¡Es caso de inquisicion! (*Retirándose del bal-*
¡La santa Vírgen ha roto! (*con.*)

CHINC. ¡*Liberanos dominé*! (*Santiguándose.*)

MURILLO. Por Dios que he quedado bueno.
Me está matando el veneno
y la triaca olvidé.

(*Reparando en la carta que estruja en su mano.*)

ALONSO. ¡Ah, qué idea!

MURILLO. ¡Cuál me encanta! (*Leyendo.*)

ALONSO. Al rival de en medio quito.

Vé á buscar á don Benito,
el familiar de la Santa.
En la casa arzobispal
le hallas, á un paso de aquí.
Dile que al que encuentre allí
(*Señalando al cuarto de Murillo.*)
coja, que es el criminal.

CHINC. Sí.

ALONSO. Le cuentas la ocasion:
que vaya á prenderle al punto.
Volando, que es grave asunto. (*Váse Chinchilla.*)
¡Qué hermosa es la inquisicion!

MURILLO. ¡Oh dicha! (*Acabando de leer.*)

ALONSO. Paga el desliz.

MURILLO. Refréscate. (*Pasandose la mano por la frente.*)

ALONSO. Le achicharran.
Esta noche me lo agarran.

MURILLO. ¡Esta noche soy feliz!

(*Todos estos versos se dirán casi simultáneamente y con mucha rapidez, colocándose cada cual en el centro de la habitacion radiante de alegria.*)

ALONSO. ¡Pobre mancebo andaluz!

MURILLO. ¿Qué dicha me faltará?

ALONSO. De hoy mas la luz no verá.

MURILLO. Hoy principio á ver la luz.

ALONSO. ¿Qué remedio? Ello es preciso.

MURILLO. Forzoso el lograrlo era.

ALONSO. Un calabozo le espera.

MURILLO. Espérame un paraiso.

ALONSO. ¡Eh! bajemos al jardin
(*Pasando del balcon al árbol, despues de apagar la luz.*)
por el árbol. Soy de bronce.

MURILLO. En esa casa, á las once.
Raro es, mas lo manda al fin.

ALONSO. En el jardin la hallaré.

MURILLO. No hay puerta, y sin remision
que escalar tengo el balcon.

ALONSO. Por mi esposa bajaré;
que porque esto no se diga
habrá de darme su mano.

MURILLO. ¿Hay placer mas soberano?

ALONSO. ¿Hay fortuna mas amiga?
MURILLO. ¡Las once! Bajemos pues.
(*Se oyen las once á lo lejos. Murillo apaga la luz.*)
ALONSO. Si caigo la altura es corta.
MURILLO. ¿Una escala? Mas no importa.
(*Desde la primer ventana.*)
Escala del cielo es.
ALONSO. «Al infierno el tracio Orfeo
(*Comienza á bajar: cuando D. Alonso haya desapárecido de la vista del público, esto es, despues de decir los dos primeros versos de la redondilla, es cuando Murillo empieza á descender. Pero lo hace con rapidez, al contrario del otro.*)
»su mujer bajó á buscar,
»que no pudo á peor lugar
»llevarle tan mal deseo.» (*Ya abajo.*)
MURILLO. ¿Quién va? (*Ya en el foso.*)
ALONSO. ¿Quién va? (*Tambien desde el*
MURILLO. ¡Paso! (*foso.*)
ALONSO. ¡Paso!

ESCENA XIII.

DICHOS.—DOÑA BLANCA. (*En la derecha con luz.*)

BLANCA. Aun no ha venido. Creia
que ya en espera estaria.
(*Ruido de espadas debajo del escenario.*)
¡Oh, de impaciencia me abraso!
ALONSO. ¡Atras!
MURILLO. ¡Atras!
BLANCA. ¡Qué rumor!
ALONSO. Vaya entonando un responso.
BLANCA. Son Murillo y don Alonso. (*Escuchando por*
¡Tened! ¡Socorro! ¡Favor! (*el balcon.*)
¡Quiñones! ¡Nuño! Beltran!
¡Pronto! ¡Corred al jardin! (*Gritando.*)
ALONSO. Es larga y gallega al fin.
MURILLO. ¡Ay! (*Grito de dolor.*)
BLANCA. ¡Socorro! (*Vase corriendo por el foro.*)
ALONSO. A venir van.

Salvemos mis hidalguias,
(*Subiendo por la escalera.*)
que habrán de llegar muy luego,
y un noble infanzon gallego
no se hace todos los dias.
(*Ya dentro de la habitacion de Murillo.*)
¡Qué oscuridad! Veré á tientas
si atino... Rumor se siente.
Si hasta aquí llega esa gente
(*Se ve el resplandor de luces en el jardin.*)
yo le ajustaré las cuentas.
Pimentel con veinte riñe
y los deja en la estacada.
«Faz cuenta, valiente espada,
que otro Mudarra te ciñe.»

BLANCA. ¡Por aquí!
(*Blanca aparece en el foro derecha; trás ella varios criados que conducen á Murillo desmayado y lo colocan en un sillon.*)

ALONSO. ¡Qué confusion!
BLANCA. ¡Albricias! ¡Vuelve en sí ya!
ALONSO. ¡Bien! ¡Hallé la puerta! ¡Ah!
(*D. Alonso halla por fin la puerta en el momento en que aparecen en ella el Comisario y Alguaciles de la Inquisicion, que lo cogen. Los Alguaciles traen linternas.*)

COMISAR. ¡Téngase á la inquisicion!
ALONSO. ¡Ah! (*Aterrado.*)
BLANCA. ¡Mi bien!
COMISAR. ¡Dése el precito!
ALONSO. Soy...
COMISAR. ¡Calle!
ALONSO. Yo nada temo.
COMISAR. ¡Pecador!
ALONSO. Juro...
ALGUAC. ¡Blasfemo!
COMISAR. Ved el cuerpo del delito.
(*Señalando el cuadro. Los alguaciles se descubren.*)
ALGUAC. ¡Profanacion!
MURILLO. ¡Ah!
(*Mirando á todas partes, y viendo á doña Blanca, con desesperacion.*)

ALONSO. Yo...
COMISAR. ¡Impio!
MURILLO. ¡Siempre!
BLANCA. (¡Vuelve á sus recelos!)
MURILLO. (¡Cuánto la detesto, cielos!)
BLANCA. (¡Cuánto le quiero, Dios mio!)

(*Los alguaciles se llevan á don Alonso, cubriéndole la boca con un pañuelo y quitándole la espada. Dos de ellos cogen el cuadro y desaparecen con él. Murillo dice «Siempre», fijando los ojos en doña Blanca con desesperacion y desaliento. Blanca lo contempla radiante de alegria y le venda el brazo con su pañuelo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Jardin de una quinta situada cerca de la Cartuja á orillas del Guadalquivir. A través de los árboles se descubrirá la vista de Sevilla: á la derecha un cenador al que da paso una escalinata: varios cuadros formados de césped y arrayan, en cuyos centros habrá toda clase de flores, naranjos y limoneros: los recuadros ocuparán casi todo el escenario dejando solo en primer término una glorieta rodeada de árboles, y en medio de ella una magnífica fuente, asientos de piedra, estátuas y jarrones: de la glorieta parten infinidad de calles en todas direcciones. Empieza á ponerse el sol.

ESCENA PRIMERA.

MURILLO *sentado en un banco.*—QUIÑONES *por el foro, con manto.*

QUIÑ. (Allí está, principio doy.)
¿Señor Murillo?
MURILLO. ¡Dios mio!
¿Sois vos la dueña del rio?
QUIÑ. Si por Dios, la misma soy.
MURILLO. ¿Cómo entrasteis hasta aquí,
y á qué venís?

QUIÑ. A buscaros.
MURILLO. ¿Con qué fin?
QUIÑ. Con el de hablaros.
MURILLO. ¿De la encubierta?
QUIÑ. Es asi.
MURILLO. ¿Algun nuevo lance ha urdido?
¿No le bastó verme loco?
¿No le ha bastado tampoco
verme por su causa herido?
QUIÑ. ¡Ah! si tal, y bien sufrió
la pobre.
MURILLO. Mucho me obliga.
QUIÑ. Y á no estar alli su amiga
doña Blanca, que sé yo
lo que pasara.
MURILLO. Ya sé.
QUIÑ. Ella su fama esponiendo,
y á mi señora sirviendo,
os dió su apoyo.
MURILLO. Si á fé.
QUIÑ. ¡Qué noche!
MURILLO. ¿Y qué quiere ahora
vuestra dueña?
QUIÑ. Veros quiere,
que por su galan se muere.
MURILLO. Decid á vuestra señora,
que si quiere mi prision
iré á verla, mas que advierta
que en el humbral de su puerta
me espera la inquisicion.
QUIÑ. Ya sabe que os acusaron,
y no ha de querer perderos:
va á venir por eso á veros.
MURILLO. ¡Oh! no tal...
QUIÑ. Si os delataron,
ella libraros procura.
MURILLO. Fuera imprudencia sin tasa
venir á verme á esta casa.
QUIÑ. Será otra nueva aventura.
MURILLO. Blanca es su amiga, y yo estoy
en casa de Blanca.
QUIÑ. ¿Y qué?

MURILLO. Fuera esponerse.
QUIÑ. Lo sé.
MURILLO. Decídselo.
QUIÑ. A otra lo doy.
MURILLO. ¡Cómo!
QUIÑ. Os ama.
MURILLO. Aun siendo asi.
QUIÑ. Nada hay ya que la contenga.
MURILLO. Id, decidla que no venga.
QUIÑ. Ya ha venido, ya está aqui.
MURILLO. ¡Cielos! ¡qué imprudencia!
QUIÑ. Y fia
en salir y hablar con vos
cuando pueda.
MURILLO. No por Dios.
QUIÑ. A decíroslo me envia.
Adios pues.
MURILLO. Mas reparad...
QUIÑ. Vos sois noble y sois discreto.
Pues que sabeis su secreto
como os acomode obrad.
MURILLO. Pero que advierta...
QUIÑ. A ese ruego
no accederá.
MURILLO. ¡Suerte avara!
QUIÑ. En nada el amor repara;
aliviaos, y hasta luego.

ESCENA II.

MURILLO.

¡Oid!... ¡reparad! Se fué.
Mi mente loca se ofusca.
¿Cómo si ella aqui me busca
estar tranquilo podré?
¡Oh! no, es preciso evitar
que doña Blanca la vea.
Justo es que ingrato no sea
con quien me supo obligar.
Que si en su casa estoy yo,
y amante se me querella,

¿cómo yo ingrato con ella
con otra he de hablar? ¡oh no!
¿Pero no es esa tapada
la dama que me seguia,
la que amaba el alma mia,
la que se vió tan amada?
¿Por qué entonces hoy no vuelo
á sus pies... por qué se agita
mi fé, por qué no palpita
mi corazon con anhelo?
Misterios del alma son
que no acierto á comprender...
¿no amo aun á esa mujer?
¿no la di mi corazon?..
Con todo... Nunca fué franca
conmigo, y mi voz no acierta...
¿es qué olvido á la encubierta,
ó qué quiero á doña Blanca?
¡Oh! no tal, fuera locura...
—Y locura amar es ya,
á quien encubriendo va
su años y su hermosura.
Tambien peca en liviandad
venir á verme hasta aquí;
¿qué es lo qué pasa por mí?
¿Tú lo sabes?... ¡No en verdad! *(Por el cora*
Si ella viene no sabré *zon.)*
si la quiero ó no la quiero...
si yo á Blanca la prefiero,
ver á Blanca no podré.
En la duda en que me abismo
luchando va mi fortuna,
No quiero ver á ninguna:
bástome conmigo mismo.
(Éntrase en el cenador. Quiñones aparece en el foro izquierda, mirando á todas partes.)

ESCENA III.

QUIÑONES, *á poco*.—DOÑA BLANCA (*por el foro derecha*).

QUIÑ. Por mas que la busco... ¡Ay Dios!
tampoco... ¡dónde estará?
Otra vez heme aqui ya
de enredos nuevos en pos.
¿Por qué me han hecho venir
de Sevilla á esta morada
dó está mi dueña encerrada
con el pintor, á fingir,
á enredar, á armar quimeras,
á mentir dueñas postizas,
á que tal vez me hagan trizas,
Ay mi don Gil, si tú vieras
cual me arrastran por el lodo,
hoy de aqui me sacarias
y en brazos me llevarias
á tu casa, manco y todo.
BLANCA. ¡Ah! Quiñones!... (*Muy sobresaltada.*)
QUIÑ. ¡Dios, qué os pasa!
BLANCA. Que estamos perdidas.
QUIÑ. ¿Vos?
BLANCA. Que nos abandona Dios,
que van á entrar en mi casa.
QUIÑ. ¿Quién?
BLANCA. Don Alonso y su gente;
que he visto que de Sevilla
vienen en una barquilla.
QUIÑ. ¿Y qué, hay peligro?
BLANCA. Inminente.
Tengo un nudo en la garganta.
QUIÑ. ¿Mas por qué canto el responso?
Qué gente trae don Alonso?
BLANCA. ¡Familiares de la Santa!
QUIÑ. ¡Válgaos Dios por hidalguillo!
BLANCA. Y es tan triste mi fortuna,
que viene sin duda alguna
para llevarse á Murillo.
Ahora que ya voy ganando

su amistad... Tiempo perdido.
QUIÑ. ¿Y qué hacer?
BLANCA. Consejo pido.
QUIÑ. Yo no puedo, estoy temblando.
¡Ay! si mi don Gil viviera,
él del apuro os sacara.
BLANCA. Deténle, si se empeñara
en entrar.
QUIÑ. ¿Y en tanto?
BLANCA. Espera.
Voy á avisar á Murillo...
y salgo al punto.
QUIÑ. Está bien.
(Si don Alonso tambien
hoy me diera otro bolsillo...)
BLANCA. Ayúdame.
QUIÑ. Siento ruido.
BLANCA. Deténlos.
QUIÑ. Asi pudiera.
BLANCA. ¿De qué entonces me sirviera
tanto como le he querido?
Niega tú que él aqui está.
QUIÑ. Por supuesto.
BLANCA. Ten valor.
¡Ayuda mi intento, Amor:
no me dejes.
QUIÑ. Vienen.
BLANCA. ¡Ah!

ESCENA IV.

QUIÑONES.—CHINCHILLA.

QUIÑ. (Que Dios nos saque con bien.)
Chinchilla, ¿vos por aqui? (*Con fingida alegria.*)
CHINC. ¿Deseabais verme? (*Con ironia.*)
QUIÑ. ¡Si!
¡Pues no!
CHINC. ¿Y oirme?
CHINC. Tambien.
CHINC. Pues decid á vuestra dueña,
si el vernos no la acobarda,

que aqui en el jardin la aguarda
don Alonso.

QUIÑ. Es que se empeña
en no ver á nadie.

CHINC. Haced
lo que os digo.

QUIÑ. Yo quisiera.
Pero si luego se altera...

CHINC. Hágalo vuesa merced
sin chistar.

QUIÑ. ¡Oiga! Es que yo (*Gritando.*)
iré si quiero.

CHINC. Mirad,
que ó lo haceis por voluntad
ó por la fuerza.

QUIÑ. ¡Eso, no! (*Mas alto.*)

ESCENA V.

DICHOS.—D. ALONSO *con la espada desnuda.*

ALONSO. ¡Oiga el zafio jardinero! (*Dirigiéndose á los*

QUIÑ. (¡El gallego!) (*de fuera.*

CHINC. ¿Qué hay, señor?

ALONSO. ¡Se ha visto insulto mayor!
¡Atreverse á un caballero! (*Bajando.*)
Perdon me pidió.

CHINC. ¿Mas cómo?

ALONSO. ¡Habráse visto insolente!
Si al punto no se arrepiente,
le hundo la espada hasta el pomo.

QUIÑ. ¡Jesus!

ALONSO. Aqui á doña Blanca
espero; avisadla vos.

CHINC. Es que no quiere.

ALONSO. ¡Por Dios!
Dejadme la puerta franca. (*Dirigiéndose al*

QUIÑ. No, yo entraré... *cenador.*)

ALONSO. ¡Gente civil! (*Recordando.*)
Pronto, ¿no ois lo que os digo? (*A Quiñones.*)

QUIÑ. No hicierais eso conmigo
si me viviera don Gil. (*Váse.*)

ESCENA VI.

D. Alonso, Chinchilla.

Alonso. Dígote, Chinchilla amigo,
que es por demas el empeño
de esta dueña de mi dueño.
Chinc. Digo que lo mismo digo.
Alonso. ¡Y que un hombre de pericia
tenga á esta bruja que oir!
¿Quién podrá en mí percibir
al burlador de Galicia?
¿A aquel que de miedo ciegos
mimaban con mil placeres
las galicianas mujeres
y los maridos gallegos?
Azar será de la suerte,
y azar asaz miserable,
el que hace que á brujas hable
un hidalgo que es tan fuerte.
Rendido y enamorado
hé aqui á todo un burlador:
Fieras domestica amor...
y amor me ha domesticado.
¡Yo en la Inquisicion metido!
¡Yo en cárcel y yo en aprieto
por tan mezquino sujeto!
¡Yo por jueces perseguido!
Chinc. Cierto que es gran malandanza.
Alonso. Mas yo le juro al menguado,
que del riesgo que he pasado
tendré cumplida venganza.
Chinc. ¿No le heristeis?
Alonso. Si por Dios;
pero no me basta á mí.
Chinc. En tal enredo no os ví.
Alonso. Bien saldremos de él los dos.
Chinc. El sentido y la memoria
pierdo con cosas tan graves.
Alonso. Oye, Chinchilla, aun no sabes
lo principal de la historia.

Hijo de Apeles ó Apolo
hay uno en este lugar,
hombre que para pintar
dicen que se pinta solo.
Un miserable hidalguillo
que en todas partes se vé,
por nombre Bartolomé,
por apellido Murillo.
Tal vez, aunque tú lo ignores,
no tiene esa vil escoria
una mala ejecutoria
con que envolver sus colores.
Pues ese ser tan pequeño,
tan zafio y descomedido,
segun lo habrás advertido,
es el galan de mi dueño.
Yo ya en el rio noté
la aventura que pasó,
en que el burlado fuí yo,
que el tal pintor no lo fué.
Yo á doña Blanca vi ir
á aquella casa del duende,
y con liviandad que ofende
cerca á Murillo vivir;
entrar en su habitacion...
en fin, ya sabes por qué
que avisaras te mandé
á la santa Inquisicion;
que al jardin bajé despues;
que al jardin el tal bajó
y que atajándole yo
herido cayó á mis pies.
Mas la turbacion me hizo
entrar despues en su casa...

CHINC. Es horrible lo que os pasa.

ALONSO. Yo fuí el criminal postizo.
Pero al fin dije quién era
y libre estoy, y he sabido
que el pintor está escondido
aqui por mi ingrata fiera.
Dueño yo de entrambos soy,
y ó el preso va por su estrella

ó yo aquí mismo con ella,
Chinchilla, me caso hoy.
Marcha y díle al Comisario,
por si no avisó la bruja,
que me espere en la Cartuja
mientras que no es necesario.
Ella viene y no ha de verte.

CHINC. Huele el tal á chamusquina.

ALONSO. Veremos si ella se obstina
con un hidalgo tan fuerte.

ESCENA VII.

D. ALONSO.—BLANCA (*por el cenador*).

BLANCA. ¡Ah! don Alonso, mi amigo.

ALONSO. ¡Doña Blanca, mi enemiga!
(Como vencerla consiga...)

BLANCA. ¿Vos teneis que hablar conmigo?

ALONSO. Si tal, señora, y á fé,
cosa no comun en mí,
que ha tiempo que lo pedí
y que apenas lo logré.

BLANCA. Graves asuntos...

ALONSO. Si tal;
porque todo el mundo sabe
que el amor es cosa grave.

BLANCA. ¿El amor?

ALONSO. Grave y formal.
Gravedad que va agravada
y agravada gravemente
por lo grave y consecuente
que está en vuestro ser grabada.
Que cuando el amor se agrava
(*Con rapidez, pero con mucha claridad.*)
y graba un amor tan grave,
justo es que el que graba agrave
la gravedad con que graba.
Grabado está en vos un mote
que dice en voz grave amor.
(No lo dijera mejor
don Luis Góngora y Argote.) (*Muy satisfe-*
Dos años há, mi señora, (*cho.*)

que vos os mostrais cruel,
y que Alonso Pimentel
os sirve y os enamora.
Dos años, en que al morir
por vuestra cara hechicera,
os lo juré en la ribera
del fresco Guadalquivir.
Con pasion ardiente y ciega
mi mano os brindé en buen hora,
que vale mucho, señora,
por ser mia y ser gallega.
No sé qué visteis en mí
que mi mano no os gustó:
no me dijisteis que no;
pero tampoco que si.
Harto de veros cruel,
hago mi última propuesta.
—Aguarda vuestra respuesta (*Transicion.*)
don Alonso Pimentel.

BLANCA. Yo siempre os he preferido,
y no veo la razon
de venir á esta ocasion...

ALONSO. ¿Conque vos me habeis querido?
No decis verdad á fé.
Si ese cariño es real,
¿por qué á otro feliz mortal
dais esperanzas, por qué?

BLANCA. Por fingir.

ALONSO. Fingir sin tasa.
—Seguiré vuestro estribillo.—
Por fingir, frente á Murillo
alquilabais una casa.

BLANCA. (¡Cielos!) Si.

ALONSO. Fingir fué harto.
Y solo con ese fin
por la escala del jardin
os entrabais en su cuarto.

BLANCA. (¡Ah! Lo vió cuando encerró
á la dueña.) Claro está.

ALONSO. Y por fingir, se halla ya
él en vuestra casa.

BLANCA. No.

(Todo lo sabe.) No es cierto.
ALONSO. Lo sé, señora.
BLANCA. Yo os juro
que no.
ALONSO. Pues yo os aseguro
que está aqui. ¡Soy muy despierto!
Y ó no me ois con desden
y me jurais no quererle,
ó aqui vendrán á prenderle
antes que las doce den.
Yo le acuso; yo suspiro
por vuestro amor soberano;
y hasta lograr vuestra mano
la acusacion no retiro.
Podeis contestar cruel;
mas mi gente está dispuesta.
—Espera otra vez respuesta (*Variando de tono.*)
don Alonso Pimentel.
BLANCA. (Valor.) Yo os debo decir
que muy engañado estais,
que liviana me juzgais
y no lo he de consentir.
Cierto que Murillo está
en mi casa...
ALONSO. ¡No lo digo!
BLANCA. Pero es por ser gran amigo
de mi hermano y mio.
ALONSO. ¡Ya!
Vos le amais...
BLANCA. Dígoos que no.
Es un amigo leal;
y querer no debo mal
á quien me estima.
ALONSO. Pues yo
no os creo.
BLANCA. ¿Vos me jurais
la acusacion suspender
si os llegais á convencer?
ALONSO. Si tal, que placer me dais.
BLANCA. Pues bien. Él viene hácia aqui,
por no perder vuestra pista.
Escuchad nuestra entrevista.

¿Os place la traza?

ALONSO. Si.

BLANCA. ¿Si me ama?...

ALONSO. No hay remision.
Ved lo que vais á decir.
Segun lo que voy á oir
obrará la Inquisicion.

BLANCA. Pronto, que viene.

ALONSO. (¡Oh, qué suerte!
Mi bella fortuna alabo.)

BLANCA. (¡Que logre salvarle al cabo!)

ALONSO. ¡Soy cada dia mas fuerte!

ESCENA VIII.

BLANCA, D ALONSO.—MURILLO.

(*D. Alonso se oculta tras un grupo de árboles que habrá á la izquierda en primer término, y doña Blanca y Murillo se sientan en un banco que estará delante de este grupo.*)

BLANCA. (Poco arriesgo en prometer
que no me hablará de amor.
¡Ay! por desdicha mi ardor
no le ha llegado á encender.)

MURILLO. (¡Ella!) ¡Oh! mi bella enfermera.
(*Saliendo por la derecha en este momento.*)

BLANCA. Señor enfermo... ¿Qué tal?

MURILLO. Cerca de vos, nunca mal.

BLANCA. ¿Qué aire sopla en la ribera?

MURILLO. No atino...

BLANCA. Tomad asiento.

MURILLO. Gracias. (Me turbo á fé mia.) (*Se sientan.*)
Deciais...

BLANCA. ¡Ah! si: decia
que está muy galante el viento.

MURILLO. De necia se acreditara
á no serlo el aura pura,
cuando tiene la ventura
de pasar junto á esa cara.

(*Murillo empieza la escena con frialdad, pero muy*

galante, y á medida que avanza va creciendo en él la pasion.)

Mas no es posible creello
á menos que no lo fie
el céfiro que sonrie
jugando en vuestro cabello.
Que esa celestial sonrisa
siempre en los vientos está,
cuando vuestra boca dá
sus perfumes á la brisa.
Si de cuanto digo en pos
aun vuestros recelos duran,
preguntadles qué murmuran
cuando pasan junto á vos.
Y en suspiros os dirán
lo que yo decir pudiera;
viento que por vos no muera
no será viento galan.

ALONSO. (¡Diablo! ¡Diablo!)
BLANCA. ¡Mucho inflama
agradecimiento!
ALONSO. (Oh!)
BLANCA. Mas pensad que no soy yo
vuestra venturosa dama.
MURILLO. Blanca...
BLANCA. Con sorpresa escucho
esto á quien me ha despreciado:
mucho debo haber mudado
ó habeis vos mudado mucho.
ALONSO. (¡Bien!)
(Sacando la cabeza y diciéndoselo al oido á doña Blanca.)
MURILLO. Os sobra la razon,
que es evidente el pecado;
mas pecado confesado
bien merece absolucion.
BLANCA. (¿Qué es esto?)
ALONSO. (Temor no gasta.)
MURILLO. Es verdad que os he ofendido;
es verdad que á otra he querido.
BLANCA. Basta de verdades, basta. *(Incómoda.)*
MURILLO. Tambien es cierto por Dios,

Blanca, que os aborrecia,
porque formada tenia
errada idea de vos.
Mas hoy...

BLANCA. ¿No pensais asi? (*Con esperanza.*)

MURILLO. Hoy, á decir la verdad,
no sé qué pienso.

BLANCA. Acabad. (*Con anhelo.*)

ALONSO. (Señora, que estoy yo aqui.)

(*Blanca, al oir á D. Alonso, cambia completamente, y dice* acabad *con frialdad.*)

BLANCA. Acabad.

MURILLO. La vez primera
que os tropecé en mi camino,
quiso mi aciago destino,
Blanca, que os aborreciera.

BLANCA. Gracias. (*Picada.*)

MURILLO. Era mi ilusion
debérmelo todo á mí,
y vos, apenas os ví,
me brindasteis proteccion.

BLANCA. Pensaba...

ALONSO. (No os disculpeis.) (*A Blanca.*)

MURILLO. Perdonad, aun no he acabado.
Desde entonces os he odiado
del modo que ya sabeis.

BLANCA. Si, si. (*Impaciente.*)

MURILLO. Fija en mi memoria
cual mi ángel malo os miraba;
si dormia, si pintaba...

BLANCA. Si, si: conozco la historia.
(*Interrumpiéndole y con desasosiego.*)

MURILLO. Pues bien: lo que no sabeis,
lo que yo no sé tampoco...

BLANCA. ¿Es?... (*Anhelante.*)

MURILLO. ¡Nada! ¡Nada! Estoy loco.

BLANCA. ¡Acabad!

MURILLO. No me creereis.

BLANCA. ¡Acabad! (*Con ansiedad.*)

ALONSO. (¡Señora!)

MURILLO. No.

BLANCA. Mi ansiedad eso despierta. (*Con frialdad.*)

MURILLO. (¿Qué me pasa? ¿Y mi encubierta?) (*Confuso.*)
BLANCA. ¿Es que ya el odio acabó? (*Con frialdad.*)
MURILLO. Es que desque estoy aqui, (*Con entusiasmo.*)
vivo por vuestro cuidado,
desde que os miro á mi lado,
no sé qué pasa por mí.
La ilustre dama altanera
desparece de mi vista;
solo vé en vos el artista
á su divina enfermera.
Mi corazon era un yermo;
hoy habla mi corazon.
BLANCA. ¿Y dice?...
(*Loca de alegria y olvidándolo todo.*)
ALONSO. (La Inquisicion!!)
(*Con acento terrible á doña Blanca.*)
BLANCA. Pasito, señor enfermo.
(*Separándose de él al oir á D. Alonso, aterrada y diciendo con frialdad este verso.*)
MURILLO. Dice... (*Con fuego.*)
BLANCA. Dirá la verdad (*Con naturalidad.*)
si amiga á vos me presenta.
MURILLO. Si... (*Desconcertado.*)
ALONSO. (¡Bien!)
BLANCA. (¡Esperanza, alienta!)
MURILLO. Pues eso... si, la amistad... (*Cortado.*)
BLANCA. Sabeis cual arde en mi pecho.
ALONSO. (Arde es mucho.)
BLANCA. (Si no insisto,
(*A D. Alonso, volviendo un poco la cabeza.*)
sabreis?...) Hablad.
MURILLO. ¡Os he visto
tan tierna junto á mi lecho (*Con entusiasmo creciente.*)
en esas terribles horas
en que mi frente quemaba,
y en que el dolor me causaba
angustias desgarradoras!
BLANCA. ¡Murillo! (*Con ternura.*)
MURILLO. El rencor insano
del pecho por siempre huia.
En mi delirio sentia
mi mano entre vuestras manos.

BLANCA. (¡Lo recuerda!) Yo... (*Con pasion.*)
ALONSO. (¡Señora!)
MURILLO. Y mas tierna me mirabais.
(*Retira Blanca la mano al querérsela coger Murillo.*)
No, no, no las retirabais.
BLANCA. ¡Oh! no las retiro ahora. (*Con abandono.*)
ALONSO. (¡Señora, por San Guillermo!) (*Furioso.*)
MURILLO. ¡Blanca! se cambia mi ser!
ALONSO. (¡La Santa!..)
BLANCA. ¿Qué vais hacer?
(*Con severidad, retirando la mano que Murillo va á besar.*)
Pasito, señor enfermo (1).
MURILLO. ¿Cómo?.. Tal severidad. (*Ligera pausa.*)
BLANCA. (Va á matarme la alegria.)
En delirio si seria;
ser no puede en realidad. (*Con altaneria.*)
MURILLO. (¿Qué es esto?) Señora, ved... (*Confuso.*)
BLANCA. (¡Qué delicia y que martirio!)
Hablad, hablad del delirio. (*Cariñosa.*)
MURILLO. Si, Blanca.
ALONSO. (Al mio atended.) (*Fuera de sí.*)
MURILLO. En un delirio me hallo
mas peligroso que aquel,
sopor que emana cruel
mil dudas con que batallo.
Cuando era aquel mas ardiente
dulce frescura me dieron,
dos lágrimas que cayeron
sobre mi abrasada frente.
Si os dan penas mis enojos,
y á esos ojos conoceis,
decidles cómo me veis.
BLANCA ¿Los ojos?...
MURILLO. Son vuestros ojos.
Si, Blanca, ya he sucumbido; (*Con arrebato.*)
en vos se cifra mi gloria;

1) A medida que va creciendo el entusiasmo en los dos, van acercándose el uno al otro y se van levantando del asiento; pero al oir Blanca á don Alonso recuerda su situacion y queda desconcertada, tratando de disimular: se sienta y se separa de Murillo. Siempre que se repite este verso hay el mismo juego.

ya renuncio á la victoria.
El triunfo habeis conseguido.
Lo quisisteis, lo teneis:
por vuestro amor hechizado
sin pensar me he declarado.

BLANCA. ¿Qué decis? (*Loca de alegria.*)
MURILLO. ¿Qué respondeis?
ALONSO (Que estoy aqui de estafermo.) (*Furioso.*)
BLANCA. (¡Ah!) (*Recordando al oir á D. Alonso.*)
MURILLO. ¿Callais?
BLANCA. No presumia...
(*Sin saber qué decir.*)
ALONSO. (¡Qué voy! ¡qué voy!) (*Amenazador.*)
MURILLO. ¡Blanca mia!
BLANCA. Pasito, señor enfermo. (*Ligera pausa.*)
MURILLO. Blanca... (*Ofendido.*)
BLANCA. ¡Cielo!
MURILLO. Ese desden...
¡Adios!
BLANCA. Tened, no os vayais.
Eso que desden llamais...
MURILLO. Es...
BLANCA. Vos lo quereis. ¡Pues bien! (*Decidida.*)
ALONSO. (¡Blanca!) (*Fuera de sí.*)
BLANCA. Ese desden traidor (*Sin oir á don*
que mas que á vos me dañaba, *Alonso.*)
es...
MURILLO. ¡Por Dios! Acaba, acaba. (*Con ansiedad.*)
¿Es amor?
BLANCA. ¡Oh! si. ¡Es amor! (*Delirante.*)
ALONSO. (¡Ah!)
MURILLO. Finaron mis pesares. (*Loco de gozo.*)
BLANCA. (¡Le he perdido!) (*Confundida.*)
ALONSO. (¿Qué hacer? Salgo...
Se acordarán del hidalgo.
Corro por los familiares.)
(*Váse precipitadamente por el foro, sin que lo note Blanca ni Murillo.*)
MURILLO. ¡Blanca!
BLANCA. (Aun perdido no está.)
MURILLO. Repíteme lo que has dicho.
BLANCA. (¡Cielos!) ¡Donoso capricho!

(*Transicion violenta.*)
¿Habeis creido?.. já, já...
MURILLO. ¡Señora!
BLANCA. ¡Bueno por Dios!
MURILLO. Mas...
BLANCA. Aposté y he ganado. (*Con voz fuerte.*)
Aqui os he visto humillado.
(*Suponiendo allí á don Alonso.*)
MURILLO. ¡Señora!.. Por siempre adios.
(*Desaparece por la escalinata.*)

ESCENA IX.

BLANCA, *á poco*—QUIÑONES.

BLANCA. ¡Me quiere! lo ha declarado!
De gozo apenas aliento.
Si no me mata el contento,
es que jamás ha matado.
¡Ah! ¡No está! ¡Divinos cielos!
(*Corre al sitio donde estaba D. Alonso, y queda aterrada al ver que no está.*)
Si habrá visto á Pimentel
Murillo, y fingió cruel
quererme por darle celos.
¡Oh! ¡fuera horrible! ¡Quiñones!
(*Llamando hácia la izquierda.*)
Preciso es saberlo ahora
ó morir. ¡Dueña!
QUIÑ. ¿Señora? (*Saliendo por la izquierda.*)
BLANCA. A ver si un manto me pones.
QUIÑ. ¿Mas?...
BLANCA. Pronto.
QUIÑ. Voy.
(*Váse por la izquierda primera caja.*)
BLANCA. Yo estoy loca.
Un dardo en el alma siento.
QUIÑ. Aqui está el manto. (*Vuelve á salir.*)
BLANCA. Al momento
ve á Murillo...
QUIÑ. ¡Vuelta!..
BLANCA. Toca

á la dueña obedecer. (*Poniéndose el manto.*)

QUIÑ. ¡Por qué ha pasado mi abril!
¡Ay mi gallardo don Gil,
si tú me pudieras ver!

BLANCA. Vé: díle que la encubierta
le espera.

QUIÑ. ¡Otro sacrificio!

BLANCA. Vuela.

QUIÑ. Si, ¡bonito oficio!

BLANCA. Díle que aguarda á su puerta.

QUIÑ. Voy. (Que pasos tan decentes.
¡Ay Gil! si en ellos me vieras
rabiaras, y hasta mordieras,
aunque te hallabas sin dientes.)

BLANCA. ¡Tal sospecha me devora!..
Y el otro sin duda fué
á buscar... Le esconderé.
Aun queda tiempo.

MURILLO. ¿Señora?

ESCENA X.

DOÑA BLANCA.—MURILLO.

(*Quiñoncs sale tras de Murillo y se va.*)

MURILLO. (¡Es ella! ¡mi tapada!)

BLANCA. (¡Mucho se agita!) (*Por Murillo.*)
¿Murillo? (*Modulando la voz.*)

MURILLO. ¿Mi señora?
(¡Tambien palpita!) (*Poniendo la mano en el corazon.*)

BLANCA. ¿Posible ha sido
que tanto amor y tanto
deis al olvido!

MURILLO. (¡No sé qué contestarle!)

BLANCA. (Sin alma quedo.)
¿Callais?

MURILLO. Hablar quisiera
y hablar no puedo.

BLANCA. ¿Qué estais pensando?

MURILLO. Que corazon que calla,
muere callando.

BLANCA. ¡Dios mio!
MURILLO. ¿Qué os aqueja?
BLANCA. Tambien yo callo,
tambien yo con mi alma
fiera batallo.
Mis ilusiones,
naufragan en un golfo
de confusiones.
MURILLO. No serán cual las mias,
segun recelo.
BLANCA. ¿Quereis, y mal os quieren?
MURILLO. Pluguiera al cielo.
BLANCA. ¿Llorais dolores?
MURILLO. Lloro sobre la tumba
de mis amores.
Vos para ver mi alma,
teneis derecho.
Oid, que el alma quiere,
salir del pecho.
BLANCA. Podeis decillo.
MURILLO. (¡Ay mi Blanca hechicera!)
BLANCA. (¡Ay mi Murillo!) (*Ligera pausa.*)
MURILLO. ¡Blanca del alma mia!...
BLANCA. ¡Blanca! ¡Dios santo! (*Muy alegre.*)
MURILLO. Perdonad á mi lengua.
(¡Rudo quebranto!)
BLANCA. (¡Blanca decia!
¡Vive, corazon mio!)
MURILLO. (¡Muere, alma mia!)
BLANCA. Seguid, seguid, que escucho.
MURILLO. ¿Quién no equivoca?... (*Turbado.*)
BLANCA. Muy dulce fué ese Blanca
de vuestra boca.
MURILLO. Lucho conmigo,
y no sé lo que pienso
ni lo que digo.
Antes, amante ciego,
cuando os miraba
el corazon del pecho
se me saltaba.
BLANCA. ¿Y ahora se agita?... (*Inquieta.*)
MURILLO. Ahora, no sé negarlo,

tambien palpita.
BLANCA. Entonces... (¡Me engañaba!)
MURILLO. Con rudo embate,
como por vos latia,
por otra late.
Pero aun os quiero;
aun veros es la dicha
sola que espero.
BLANCA. (¡Ah!) ¿Qué decis?
MURILLO. ¡Mi Blanca!...
BLANCA. ¿Gústaos el nombre?
(*Fingiendo que se ha resentido.*)
MURILLO. Perdonadme, señora. (*Avergonzado.*)
BLANCA. No hay que me asombre.
(¡Tiembla al decillo!)
MURILLO. (¡Ay mi Blanca hechicera!)
BLANCA. (¡Ay mi Murillo!) (*Ligera pausa.*)
MURILLO. Del mal con que batallo
nada me escuda;
y es el mal de que muero
solo una duda.
BLANCA. Esa se arranca.
MURILLO. ¡Blanca del alma mia!...
BLANCA. Basta de Blanca.
MURILLO. Perdonad...
BLANCA. Os perdono
con gozo tanto,
que á decirlo no acierto.
MURILLO. ¡Ay mi quebranto!
¡Ay mi locura!
BLANCA. ¿No procurais curarla?
MURILLO. No tiene cura.
BLANCA. ¡Hablad!
MURILLO. Rudo combato
con dos pasiones
que á destrozar bastáran
dos corazones.
BLANCA. Si, lo concibo.
MURILLO. Con ellas triste muero;
con ellas vivo.
Vos en mis ilusiones
sois la primera;

pero bajo ese manto...
¡nunca lo viera!
coloco el rostro
de otra cuyos desdenes
mísero arrostro.

BLANCA. ¿A dos quereis á un tiempo?

MURILLO. Eso me abisma.

BLANCA. ¿Como á mí amais á otra?

MURILLO. Como á vos misma.

BLANCA. ¿Y esa es la pena?

MURILLO. Ese el tósigo amargo
que me envenena.

BLANCA. ¿Una soy yo?

MURILLO. Sin duda.

BLANCA. (¡Bellos instantes!)
¿El nombre de la otra?...

MURILLO. Díjeoslo antes.

BLANCA. ¿Es Blanca?

MURILLO. Blanca.

BLANCA. Pues ved cómo una duda (*Sin fingir la voz.*)
presto se arranca. (*Arroja el manto.*)

MURILLO. ¡Vos!

BLANCA. Si, si, yo, que loca
y despreciada,
asi quise rendiros
enamorada.

MURILLO. ¿Sueño? ¡Decillo!
¡Ay mi Blanca hechicera!
¡Ay mi Murillo! (*Estasiados.*)

BLANCA. Vos.. tú.. (*Despues de una ligera pausa.*)

MURILLO. Yo, si.

BLANCA. Cumplióse

MURILLO. todo mi anhelo.
¿Dónde habrá tal ventura?

BLANCA. ¡Solo en el cielo!

MURILLO. No anhelo nada.

BLANCA. ¡Ay mi pintor de vírgenes!
¡Ay mi tapada! (*Con arrebato.*)

MURILLO. Ya mas no sufriremos

BLANCA. penas aleves.

MURILLO. No, pasarán los dias
dulces y breves.

Alonso. ¡Está escondido! (*Dentro.*)
Blanca. ¡Jesus! (*Aterrada.*)
Murillo. Blanca, ¿qué tienes?
Blanca. ¡Oh! te he perdido.

ESCENA XI.

Dichos.— D. Alonso, Quiñones.

Quiñ. ¡Atrás!
Murillo. El alma serena.
Blanca. ¡Te prenden!
Murillo. Temor no tengo.
¿Don Alonso? (*Adelantándose.*)
Alonso. ¿Aun juntos? Vengo
á daros la enhorab uena.
Blanca. ¡Oh!
Murillo. Gracias. (*Con altivez.*)
Alonso. ¡Feliz union!
Murillo. Son preciosos los instantes.
¡En guardia! (*Empuñando.*)
Blanca. ¡Ah!
Alonso. Es tarde. Antes
vendrá aqui la Inquisicion.
Murillo. ¡Infame! (*Blanca lo sujeta.*)
Alonso. Tenedlo á suerte:
ya á la puerta llegarán
y tiempo no nos darán.
Si no... ¡mi fuerte es ser fuerte!
En mi raza es de derecho,
y en fuerzas Dios me hizo ducho,
agradecido á lo mucho
que aqui por él hemos hecho.
Murillo. ¿Y su infamia no castigo?
Blanca. ¡Tente!
Alonso. Dejadle, señora. (*Con arrogancia.*)
Quiñ. (¡Ay don Gil!)
Blanca. Perderte ahora
que iba á ser feliz contigo.
Huyamos.
Murillo. Sí. (*Se dirigen al foro.*)
Alonso. No es sencillo.

BLANCA. ¡Es tarde!
MURILLO. ¡Es tarde! (*Retrocediendo y con*
ALONSO. Si. (Brama.) *dolor.*)

ESCENA XII.

DICHOS.—COMISARIO, ALGUACILES.

COMIS. ¿Quién de vosotros se llama...
QUIÑ. (Ay!)
COMIS. Bartolomé Murillo?
MURILLO. ¡Yo! (*Con entereza.*)
COMIS. ¿Sois pintor?
MURILLO. Serlo espero. (*Con orgullo.*)
COMIS. ¿Sabeis que estais acusado?...
BLANCA. ¡Gran Dios!...
COMIS. De haber profanado
una imágen?
BLANCA. (Trance fiero.)
MURILLO. Lo sé. Vamos.
(*Con resolucion y dando un paso hácia el foro.*)
COMISAR. Atencion.
BLANCA. Llegó el instante fatal.
COMISAR. De parte del tribunal
(*Entregándole un pliego con sellos de la Inquisicion.*)
de la santa Inquisicion.
BLANCA. (¡Dios santo!)
MURILLO. (¡Quién lo creyera!)
(*Con suma alegria al leerlo y enseñándoselo á Blanca.*)
ALONSO. La órden de prision será. (*Muy alegre.*)
BLANCA. ¡Gracias, cielo, gracias!
(*Despues de leer algunos renglones.*)
MURILLO. ¡Ah,
mi Blanca, Blanca hechicera! (*Con alegria.*)
QUIÑ. ¿Qué pasa, Dios soberano?
ALONSO. (Esta es materia distinta.) (*Inquieto.*)
MURILLO. «Quien tales Vírgenes pinta (*Leyendo.*)
tiene que ser buen cristiano.»
Esto el Tribunal decide (*Con suma alegria.*)
de Pacheco por consejo.
COMISAR. Libre estais.
ALONSO. (Libró el pellejo.) (*Con rabia*

COMISAR. Mas la Inquisicion os pide
que ese cuadro santo y pio
no robeis á la piedad.
MURILLO. Bien. Dóylo á la Caridad.
(Es lo mas cerca del rio.)
(*A Blanca, estásiado al contemplarla.*)
COMISAR. Con esto, adios.
MURILLO. Dios os guarde.
COMISAR. Dé gracias á Pimentel,
que si no, no doy con él.
Vamos. (*Váse con los alguaciles.*)
MURILLO. ¿Y ahora será tarde?
(*A D. Alonso y poniendo mano á la espada.*)

ESCENA XIII.

MURILLO, BLANCA, D. ALONSO, QUIÑONES.

ALONSO. Para cumplir ese afan
nobleza ganad primero.
Yo desciendo de Gaifero.
MURILLO. Yo de nuestro padre Adan. (*Sonriéndose.*)
ALONSO. ¡Ah! nobleza no es exigua. (*Con respeto.*)
Mas la mia vale doble;
que aunque Adan era muy noble,
mi casa es muy mas antigua. (*Con convic-*
MURILLO. ¡Já, já! (*cion.*)
ALONSO. ¿Con un pintorcillo
os casais?
BLANCA. Sí.
MURILLO. No os asedio.
¿Sin remedio?
BLANCA. No hay remedio. (*Sonriendo.*)
ALONSO. Pues... os la cedo, Murillo.
Poned con brocha ó buril
tal rasgo de manifiesto.
QUIÑ. ¡Ay! yo no puedo ver esto,
que me acuerdo de don Gil. (*Váse.*)
ALONSO. San Miguel de Holla está ya
esperándome.
BLANCA. Sí. (*Con ironia.*)
ALONSO. Adios. (*Váse.*)

MURILLO. ¿Y no he de vengar?...
BLANCA. ¡Por Dios! (*Deteniéndole.*)
¿No te basta mi amor?
MURILLO. ¡Ah!

ESCENA ÚLTIMA.

BLANCA, MURILLO. (*El uno en brazos del otro.*)

MURILLO. Tu amor será mi vida,
será mi gloria;
y si alcanzo una página
allá en la historia,
él fué gran hombre
dirá; mas á un afecto
debió su nombre.
BLANCA. Partamos de Sevilla,
partamos luego.
MURILLO. El alma siento henchida
de santo fuego.
BLANCA. Madrid espera
al sol de la pintura.
MURILLO. ¡Blanca hechicera!
BLANCA. Tú harás de nuestra vida
senda de flores.
MURILLO. Tú el ángel serás puro
de mis amores.
BLANCA. Gloria á mi Apeles.
MURILLO. Tú eres, Blanca, mi gloria;
tú y mis pinceles.
(*Mucha rapidez, mucho entusiasmo, mucha pasion en esta última escena.*)

FIN DE LA COMEDIA.

ADVERTENCIAS. La actriz encargada del papel de doña Blanca cuidará de que esté bien marcada la diferencia de voz cuando encubierta finge ser otra.

Don Alonso y Chinchilla deben tener acento gallego.

Los autores encargan muy especialmente que el *Comisario* sea represantado por un actor bien recibido del público, si no por lo importante del papel, por las situaciones en que toma parte.

ERRATAS QUE SE HAN NOTADO.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE	DEBE LEERSE.
9	7	alamada	alameda
14	35	y que os	y os

LA ESCENA ESPAÑOLA.

OBRAS DRAMATICAS

DE

D. LUIS DE EGUILAZ

PERTENECIENTES Á ESTA COLECCION.

Verdades amargas.
Alarcon.
Las prohibiciones.
Una broma de Quevedo.
El caballero del milagro.
Una virgen de Murillo (1).
La vergonzosa en Palacio (2).
Una aventura de Tirso.

(1) Escrita en colaboracion de D. Luis Mariano de Larra.
(2) Música de D. Manuel Fernandez Caballero.